

ÍNDICE PARA LOS CUENTOS E HISTORIAS PARA CONTAR

<u>Contenido</u>	<u>Página</u>
<u>INTRODUCCIÓN A LOS CUENTOS: EN LA GRANJA DEL ABUELO</u>	2
I. CUENTOS SOBRE: AMAR A SUS HERMANOS	
1. <u>PEDRO Y LAS PERAS</u>	4
2. <u>UNA PORCIÓN ESPECIAL</u>	6
3. <u>UNA TARDE PARA RECORDAR</u>	9
4. <u>UNA RICA LECHE</u>	11
5. <u>LA ABUELA Y EL GALLINERO</u>	14
6. <u>TODOS PODEMOS AYUDAR</u>	16
7. <u>PEDRO Y EL GALLO</u>	18
8. <u>LA GALLINA PICOTEADA</u>	21
9. <u>UNA PARVADA DE PATOS</u>	24
II. CUENTOS SOBRE: HONRAR A LOS PADRES	
1. <u>LA SOPA DE CHÍCHAROS</u>	26
2. <u>LA SORPRESA DE LA ABUELA</u>	29
3. <u>EL DERRUMBE</u>	32
III. CUENTOS SOBRE: RESPETAR A LAS AUTORIDADES	
1. <u>EL RÍO</u>	36
2. <u>PERDIDO</u>	40
3. <u>EL TALLER</u>	43
4. <u>PEDRO Y LA BRÚJULA</u>	46
IV. RASGOS DEL CARÁCTER EN LA FINCA	
1. <u>SE SIENTE MEJOR DECIR LA VERDAD</u>	50
2. <u>NO OCULTES LA VERDAD</u>	54
3. <u>UN PASEO A CABALLO</u> (sobre decir la verdad)	58
4. <u>MAS TERCO QUE UNA MULA</u>	62
5. <u>LOS ESTABLOS</u>	66

UNA INTRODUCCIÓN PARA LOS CUENTOS: LA GRANJA DEL ABUELO

La carga a impartir con esta serie de lecciones:

Los cuentos incluidos en esta serie fueron escritos para ayudar a los niños en su humanidad más básica. Cuando los santos le preguntaron al hermano Lee qué se debe enseñar a los niños, Él mencionó que debemos ayudarlos a saber qué es ser un humano, y cómo deben honrar a sus padres, amar a sus hermanitos, y respetar a sus maestros. Si logramos impresionarlos con estas tres aspectos de lo que es una humanidad apropiada esto será una gran ayuda por todas sus vidas, tanto en el aspecto humano como en el aspecto espiritual.

La primera serie de cuentos toca el tema de amar a sus hermanitos. La carga detrás de esta serie es desarrollar la comprensión de los niños, para que puedan comprender que todos somos seres humanos y por lo tanto todos debemos amarnos unos a otros y tratar a otros como nos gustaría ser tratados. No debemos ser egoístas y hacer cualquier cosa sólo para nosotros e ignorar las necesidades de los que se encuentran a nuestro alrededor. Algo que debemos practicar es demostrar el amor a aquellos que están cerca de nosotros, especialmente a nuestros hermanos y hermana. Podemos expresar el amor hacia otros al dar, al compartir y al ayudar. Así que, nos gustaría infundir a los niños, conforme a su nivel, algún entendimiento y sentimiento respecto a lo que el Señor Jesús nos dijo es la esencia de la ley y los profetas: “Así que, todo lo que queráis que los hombres os hagan a vosotros, así también hacedlo vosotros a ellos” (Mt. 7:12) y “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt. 22:39).

La segunda serie de cuentos toca el tema de honrar a los padres. Tomando las palabras de Pablo en Efesios 6 intentamos a ayudar a los niños hacia esta meta al mostrarlos varias maneras de expresar esto: respetando a sus padres, siendo agradecidos a sus padres, obedeciendo a sus padres, obedeciendo a sus padres exteriormente, y honrando a sus padres interiormente. ¿Podría uno honrar a Dios, su Padre celestial, si no podría honrar primeramente a sus padres terrenales?

La tercera serie de cuentos va a tocar el tema de respetar a las personas en autoridad, tales como los hermanos y hermanas mayores, las niñeras, los adultos, los maestros, los directores, las policías, etc. Puesto que “no hay autoridad sino de parte de Dios” y que la autoridad es “un servidor de Dios para bien”, debemos siempre ser sumisos y obedientes.

Estos cuentos están ilustrados de una manera muy visible usando caracteres de animales. Por lo general los niños están muy atraídos a los caracteres de animales. Usándolos juntamente con los cuentos podemos asociar las virtudes humanas positivas a algunos rasgos del carácter positivos de los animales. Se espera que esto sea una buena manera de dar a estos rasgos de carácter, tanto positivos como negativos, una impresión viva para los niños que jamás olvidarán.

Después de poner como fundamento estos cuentos respecto al desarrollo de la humanidad apropiada en los niños, nos gustaría seguir adelante en el futuro para edificar algo en su comprensión respecto a los rasgos de un carácter apropiado. Una vez más, nos gustaría usar el escenario de la granja como el contexto de la historia, y nos gustaría usar el carácter de varios animales como una ilustración muy memorable para ellos. Esta serie de historias todavía necesita ser escrita.

Instrucciones respecto a como usar los materiales disponibles para esta serie de historias:

- 1) Si están disponibles, los dibujos a color estarán incluidos en las historias, para que los niños los puedan ver y disfrutar.
- 2) Si hay dibujos para colorear, manualidades o cánticos para las historias, un link será provisto al final de la historia para poder accesarlos y descargarlos.

Si hay sugerencias, manualidades, dibujos, cánticos, etc. desarrollados para las historias por los santos al usarlos, apreciaríamos si nos los enviaran para que podamos hacerlos disponibles para el uso de todos, a: administration@alacenaparaninos.com

LA GRANJA DEL ABUELO

PEDRO Y LAS PERAS

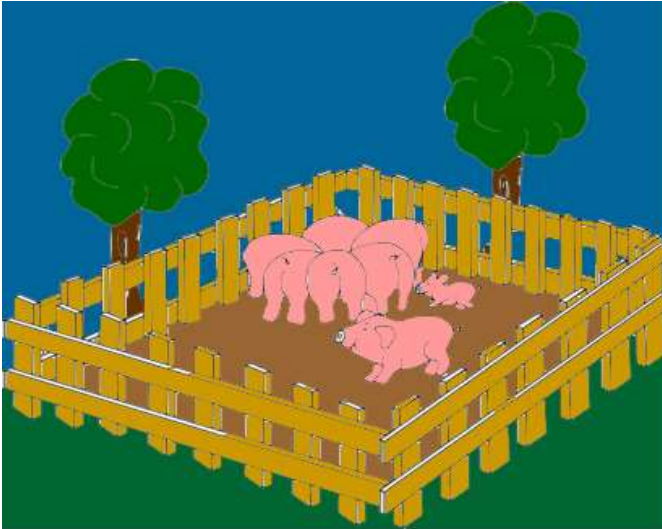
Algunas veces Luis y Pedro visitan la granja de su abuelo durante las vacaciones. ¿Saben lo qué es una granja? (podemos interactuar con ellos). En esta visita Pedro aprendió una lección muy valiosa.

Cuando llegaron a la granja, el abuelo de Pedro le pidió que lo ayudara a recolectar las peras que estaban listas para comer. Entre ellas había una muy grande y bonita; con sólo verla Pedro pensó que seguramente si la dejaba en el canasto con las demás, su hermano, Luis, la tomaría. Así que prefirió esconderla en la bolsa de su pantalón. Cuando su abuelo notó que la bolsa de su pantalón se abultaba mucho, le preguntó: “Pedro, ¿acaso llevas peras también en la bolsa de tu pantalón? ¿Por qué no las pones en el canasto junto a las otras?” Pedro se asustó un poco al escuchar a su abuelo y prefirió decir que así estaba bien, que él podía seguir caminado sin ningún problema. Su abuelo sonrió un poco y siguieron caminado.



Antes de llegar a casa Pedro escuchó mucho ruido por el corral de los cerdos y entonces preguntó a su abuelo: “Abuelo, ¿por qué hay tanto ruido en el corral de los cerdos? ¿Qué es lo que pasa?” El abuelo respondió: “Pues seguramente se están peleando por la comida, siempre pasa lo mismo, los cerdos más grandes y fuertes no dejan a los más pequeños comer y los empujan para quedarse con la porción más grande.”





En ese momento, Pedro se sintió algo avergonzado, metió su mano en la bolsa del pantalón y sacó la pera que había guardado para él y la puso en el canasto junto con las otras. Inclino un poco su cabeza y los dos siguieron caminando.

Pedro aprendió que los cerditos son animales que no les gusta compartir; eso se llama egoísmo.

La carga a impartir: Amar a nuestros hermanos, hermanas, y todos, al no ser egoístas. Por el contrario, podemos compartir lo que tenemos con otros. Así ellos serán felices, y nosotros también.

Versículo para enseñar: “...Sed bondadosos unos con otros...” Efesios 4:32

Canción: //Me gusta compartir,
Me gusta compartir,
Con mis hermanitos,
¡Me gusta compartir!//

(se puede añadir otra estrofa cambiando “hermanitos” por “amiguitos”)

Escucha esta canción con un click en la siguiente dirección:

http://www.alacenaparaninos.com/esp_archivos/Me_gusta_compartir_v2.mp3

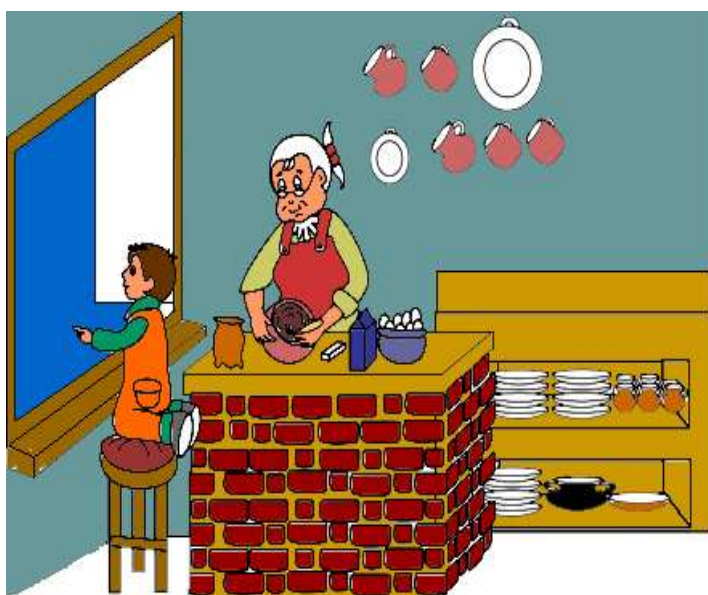
LA GRANJA DEL ABUELO

UNA PORCION ESPECIAL

Por la mañana, mientras Pedro y su abuelo recolectaban algunas peras, Luis, su hermanito, acompañaba a la abuela a la tienda de don Carmelo.

“Abuela, ¿qué vas a comprar en la tienda de don Carmelo?” preguntó Luis antes de llegar a la tienda. “Voy a comprar harina, huevos, leche y algunas otras cosas que me hacen falta para preparar el pastel que tanto les gusta a ti y a Pedro,” respondió la abuela, recibiendo una sonrisa de parte del pequeño Luis.

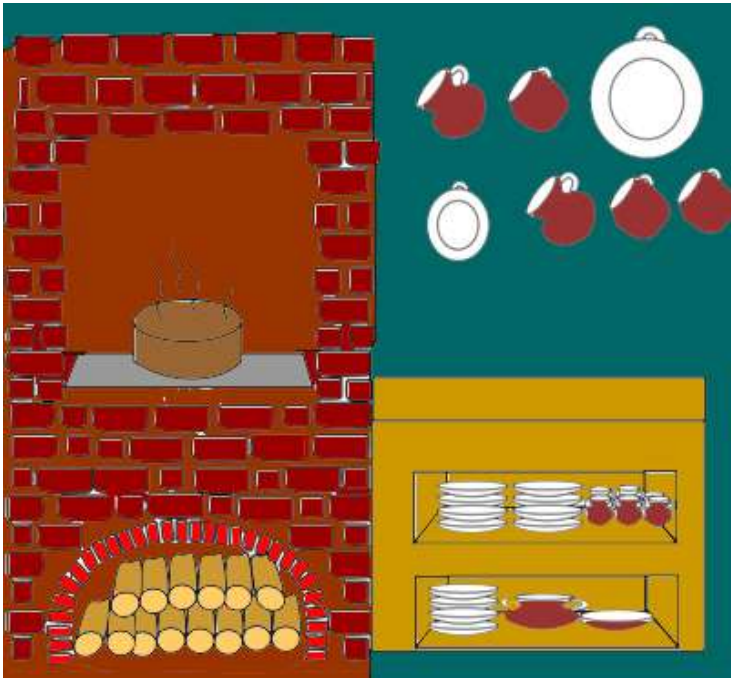
Cuando regresaron a casa la abuela empezó a reunir todos los ingredientes en la mesa y



mientras Luis la observaba, escuchó la voz de otro niño cerca de la ventana. Supo que no era la voz de su hermano Pedro, así que se acercó para ver quién era y exclamó: “¡abuela, abuela, mira ese niño en el pastizal del vecino! Parece que está cuidando a esas ovejas, ¿no es así, abuela?” “Sí Luis, ese niño es un pastorcito de ovejas. Él las guía y cuida mientras ellas comen los pastos. Aunque en realidad las ovejitas no son difíciles de cuidar, pues ellas son muy

tranquilas”. “¿De verdad abuela?” preguntó Luis. “Sí Luis, mira esas ovejitas que están comiendo cerca del arbusto: hay dos grandes y una pequeña. Fácilmente podrían quitarle el pasto a la más pequeña pero no lo hacen, en vez de eso comparten el pasto con ella”. ¡Aaahhh!, exclamó Luis, sorprendido.





Después de aquella escena por la ventana la abuela regresó a la cocina y preparó el rico pastel de chocolate que tanto le gustaba a Luis. Al momento de partir el pastel, Luis preguntó a su abuela si podrían guardar una porción especial para su hermano Pedro. La abuela estaba un poco sorprendida con su pregunta porque por lo general a los niños no les gusta compartir con otros. Por eso le preguntó si de verdad quería compartir esa porción especial con su hermano, a lo cual Luis respondió: “sí abuela, lo más seguro es que Pedro regresará cansado y con hambre, así

que reservemos una porción especial para él y para el abuelo”. La abuela regresó a verlo y sonrió.

En ese momento llegaron Pedro y el abuelo. Luis salió corriendo a encontrarlos; los abrazó, y al mirar la canasta de Pedro dijo: “¡Pedro, qué pera tan grande traes aquí! Me la puedo quedar para compartirla con la abuela?” Entonces Pedro sonrió y regaló a su hermano aquella hermosa pera.

Pedro aprendió que *cuando compartimos con otros lo que tenemos nosotros también somos felices.*



Mientras entraban a casa Luis comentó a Pedro y a su abuelo lo que había visto por la ventana y como aprendió que las ovejitas son animales tranquilos que no pelean entre sí, y que además de esto les gusta compartir; ellas no son egoístas.

Carga a impartir: Amar a nuestros hermanos, hermanas, y a todos. Podemos expresar nuestro amor, al ayudar a los demás personas y al compartir con ellos lo que tenemos.

Versículo para enseñar: “...Hagamos bien a todos...” Gálatas 6:10

Canción: //Me gusta compartir,
Me gusta compartir,
Con mis hermanitos,
¡Me gusta compartir!//

(se puede añadir otra estrofa cambiando “hermanitos” por “amiguitos”)

Escucha esta canción con un click en la siguiente dirección:

http://www.alacenaparaninos.com/esp_archivos/Me_gusta_compartir_v2.mp3

LA GRANJA DEL ABUELO

UNA TARDE PARA RECORDAR

Después de una fresca mañana de recolectar peras con el abuelo y preparar el pastel con la abuela, Pedro y Luis esperaban la llegada de sus padres en la granja. El abuelo había disfrutado mucho la compañía de sus nietos, ¿y qué decir de la noble abuela quien esperó todo el año para ver de nuevo a sus queridos nietos? Realmente estaban disfrutando mucho de esas vacaciones con ellos.

Mientras llegaban los padres de Luis y Pedro, la abuela salió de la cocina con un rico pastel de chocolate diciendo: “Pedro, esta porción especial es para ti, Luis me pidió que la guardara y aquí está; esperamos que la disfrutes”. Pedro abrió mucho sus ojos al ver delante de él aquella gran rebanada de pastel y exclamó: “¡Gracias, abuela, por preparar nuestro pastel favorito, y gracias también a ti, Luis, por esta rebanada tan grande!” Todos sonrieron y justo cuando empezaban a saborear su pastel se escuchó el ruido de un coche. “Parece que alguien viene”, comentó Luis. “¡Abuelo, abuelo, son mis papás!” gritó Pedro. En ese momento Pedro y Luis salieron al encuentro de sus padres y juntos regresaron a la casa para compartir el rico pastel que la abuela había preparado.



Pedro y Luis vivieron muchas cosas esa primera semana en la granja, pero en ese momento sólo compartieron con sus padres lo que habían aprendido ese día. Pedro contó que mientras él y su abuelo regresaban a casa después de recolectar peras, vieron un corral de cerdos donde éstos se peleaban por la comida aprovechándose de su tamaño. Les dijo que los más grandes utilizan su fuerza para empujar a los más pequeños y no los dejan comer. Pero eso no debía ser

así porque jellos también necesitan comer! Por su parte, Luis contó lo que había visto por la ventana, que las ovejitas son animales tranquilos que comparten su pasto sin importar si son

grandes o pequeños. Fue entonces cuando Pedro concluyó: “Así que los cerdos son animales egoístas porque no les gusta compartir nada con nadie y las ovejas son animalitos que además de no pelear, les gusta compartir todo lo que tienen”.

Después de escuchar todo lo que los niños habían aprendido esa mañana, los abuelos y los papás de Luis y Pedro estaban muy contentos.

Entonces el abuelo volteó a ver a Pedro y a Luis y les preguntó: “¿Cómo quieren ser, como los cerdos o como las ovejas?” Sonriendo los dos contestaron en coro: “¡Como las ovejas, abuelo!”. Así que después de tal lección, todos siguieron disfrutando de aquella linda tarde en la granja del abuelo. La abuela observaba alegremente que sus dos nietos eran muy felices porque cada uno había aprendido a compartir lo que tenía, ¡ya sea una pera o un pedazo de pastel!

Carga para impartir: Amar a nuestros hermanos, hermanas, y a todos, al compartir lo que podemos con ellos y al no ser egoístas.

Versículo para memorizar: “...Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Mateo 19:19

Canción: Tonada: En el templo..

En la granja los niñitos,
Todos tienen que aprender,
Cómo deben comportarse
Y con todos siempre ser:
Generosos, bondadosos,
Ayudando con amor,
Compartiendo lo que tienen,
Con un noble corazón.

Escucha esta canción con un click en la siguiente dirección:

http://www.alacenaparaninos.com/esp_archivos/Canto_13_en_la_granja.mp3

LA GRANJA DEL ABUELO

UNA RICA LECHE

Como cada mañana, en la granja del abuelo se escuchaba el cantar de los gallos desde el granero. Su canto era tan fuerte que llegó a oídos de Luis y logró despertarlo. Fue entonces cuando de un brinco se levantó de la cama y fue a buscar al abuelo.

Lo buscó por la sala, la cocina y el comedor, pero no lo encontró. “¡Abuelo, abuelo!” lo escuchó la abuela desde el jardín y levantando la voz preguntó: “¿Qué pasa Luis? ¿Por qué esos gritos? Ven aquí mi niño” Al escucharla, Luis salió al jardín y preguntó a su abuela dónde estaba el abuelo. A lo cual ella contestó que todas las mañanas el abuelo se levanta muy temprano a ordeñar las vacas para obtener la leche para el desayuno. Le dijo que esa rica leche que ellos toman cada mañana es producto del trabajo de su abuelo y de aquellas vacas que él con tanto esfuerzo cuida. Después de escuchar eso, Luis pidió a su abuela que le diera permiso de ir adonde estaba el abuelo, a lo cual la abuela respondió que fuera siempre y cuando tuviera cuidado al entrar al establo, pues él es un pequeño desconocido para aquellas grandes y gordas vacas. “Sí abuela, tendré cuidado al entrar para no asustarlas”, respondió y salió corriendo para descubrir cómo su abuelo obtenía la leche.



Al llegar al establo se detuvo frente a la puerta, respiró un poco y dijo: “Abuelo, abuelo, ¿puedo entrar? La abuela me dio permiso de venir a verte hasta aquí. Esta mañana me desperté al escuchar cantar unos gallos y salí a buscarte pero no estabas en casa. Así que la abuela me dijo dónde podía encontrarte y ¡aquí estoy abuelo! ¡Quiero ayudarte a ordeñar las vacas! Por favor

enséñame a hacerlo, quiero ayudarte abuelo, ¿sí?” Luis fue tan insistente que el abuelo no

pudo negarse. “Está bien Luis, entra, pero te advierto que ordeñar vacas no es tarea fácil” Luis sonrió y entró. Aunque el abuelo explicó a Luis cómo ordeñar una vaca, debido a sus manos pequeñas y poca fuerza, Luis no lograba hacerlo totalmente bien. No obstante, el abuelo apreció que Luis fuera a ayudarlo y lo hiciera con tanto empeño.



contestaba con una tierna sonrisa.

En ese momento llegó Pedro y desde la entrada grito: “¡Abuelo, Luis, la abuela nos espera para desayunar, vamos!” “Ya vamos Pedro, sólo un poco más de leche y allí vamos”, contestó el abuelo. Pedro inclinó un poco su cabeza y observó cómo su hermanito se esforzaba por conseguir un poco más de leche de aquella enorme vaca. Sus manitas estaban rojas por el esfuerzo que hacía, pero él no se desanimaba; por el contrario, de vez en cuando volteaba a ver al abuelo como si le preguntara con la mirada si lo estaba haciendo bien, a lo que el abuelo le

De repente un chorro de leche le salpicó la cara a Luis. Pedro al ver esto hizo una expresión de desagrado y le dijo “¿Luis a qué sabe?” El pequeño Luis limpio su rostro, volteo y le dijo a su hermano, “¿no quieres intentarlo? Pedro respondió ¡no, guacala! Pues de lo que te pierdes, esto es muy divertido, respondió Luis. Así, después de unos minutos salieron los tres del establo con suficiente leche para el desayuno de esa mañana.

Aquella mañana el abuelo disfrutó mucho su leche. Esta vez lo que le dio el sabor especial fue que la consiguió con ayuda de otras manos, las manos del pequeño Luis. Pedro también sintió un sabor especial y preguntó a su abuelo si él también podía ayudarlo a ordeñar las vacas la mañana



siguiente. Pedro quedó cautivado por el esfuerzo de su hermano Luis, y el abuelo aunque ya había aprendido muchas lecciones en su larga vida, esta vez la lección se la dio un niño. Tanto Pedro como el abuelo aprendieron que cuando conseguimos algo con la ayuda de otros, quedamos con un corazón satisfecho y contento.

Carga a impartir: Amar a nuestros hermanos, hermanas, y todos al ofrecernos a ayudar a otros, con gusto, y sin esperar nada a cambio.

Versículo para enseñar: Sed bondadosos unos con otros, tiernos.... Efesios 4:32

Enlaza al siguiente video para que observes a Luis ordeñando la vaca en la granja del abuelo:

http://www.alacenaparaninos.com/esp_archivos/ordenando la vaca en la granja del abuelo.wmv

LA GRANJA DEL ABUELO

LA ABUELA Y EL GALLINERO

Una mañana, desde muy tempranito la abuela empezó a buscar algo en la cocina de la casa. Buscó por aquí y por allá pero no encontró nada. Fue entonces que el pequeño Luis despertó y preguntó: “¿Qué buscas abuelita?” “Busco una canasta, Luis, es una canasta más grande que esa que está detrás de ti”, contestó la abuela. “Ah, ¡ya entendí, abuela!” En ese momento Luis comenzó a buscar la canasta que le había dicho su abuela. Mientras la buscaba se preguntaba a sí mismo, ¿para qué querría su abuela una canasta tan grande a esa hora de la mañana?.

Al pasar unos minutos Luis miró detrás de la puerta de la cocina y exclamó: “¡La encontré! ¡La encontré, abuela! ¡Aquí está!” “Gracias, Luis, ahora sí, ya me voy,” dijo la abuela al salir de la cocina con una enorme sonrisa. “¿A dónde vas abuela? ¿y para qué llevas esa canasta?”

Al igual que en otras ocasiones, su abuela volteó y le contestó: “Voy al gallinero a recoger los huevos que

pusieron las gallinas anoche; para eso es la canasta. Dime,

¿te gustaría ir conmigo?” “¡Claro abuela! ¡Sí, quiero ir contigo a recolectar los huevos!” contestó el pequeño Luis tomando a la abuela de la mano, “Espera, abuela,



¡voy por Pedro para que nos ayude!

Luis corrió por las escaleras para despertar a Pedro. Cuando llegó a



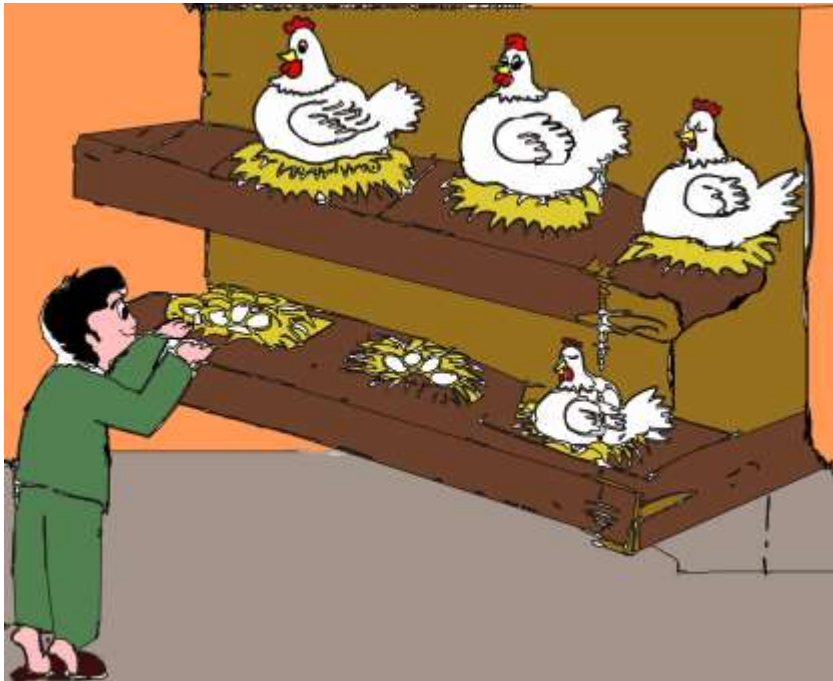
su

cama saltó encima de Pedro y le dijo, “Pedro, Pedro, vamos con la abuela a recolectar huevos al gallinero, ¿quieres ir?” preguntó Luis. A lo que Pedro respondió,

“No, no, ¡qué flojera, tengo mucho sueño! Además, eso es demasiado aburrido, mejor quédate a dormir conmigo Luis”. Por unos segundos Luis se detuvo a pensar con quien debía quedarse, con su hermano o con la abuela, pero le bastó recordar la sonrisa de su abuela para tomar una decisión. “No, Pedro; iré con la abuela, ella necesita mi ayuda para recolectar más rápido los huevos y para cargar la canasta. Cuando regrese, me quedare contigo”. Pedro dijo que estaba bien y siguió durmiendo.

Ya en el gallinero, Luis aprendió muy rápido a recolectar los huevos; como es pequeño, fácilmente podía meterse entre nido y nido a recoger los huevos.

Cuando regresaron a casa, Pedro estaba un poco enojado porque Luis no se quedó con él,



mientras que Luis venía muy contento de poder ayudar a la abuela a recolectar los huevos. Luis contó a Pedro cómo es el gallinero, cómo duermen las gallinas y cómo son los nidos en donde ponen los huevos. Cuando Pedro escuchó todo eso, se arrepintió de no haber ido con ellos.

Esa mañana Pedro aprendió que por su pereza se perdió la oportunidad de ayudar a su abuela y de disfrutar

recolectar los huevos con su hermano. Seguramente la abuela hubiera tardado más tiempo en recolectar los huevos si no hubiera tenido la ayuda del pequeño Luis, quien además, se la pasó muy bien.

Carga a impartir: Amar a nuestros hermanos, hermanas, y todos, ayudándolos a todos los que necesitan ayuda, especialmente a los mayores.

Versículo para enseñar: Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron..... Lucas 5:7

LA GRANJA DEL ABUELO

TODOS PODEMOS AYUDAR

Una vez que la mañana empieza a perder su frescura y las tareas, como el ordeñar vacas y recolectar huevos, han concluido, la abuela se apresura a entrar en la cocina. Para ella cada desayuno con sus nietos es una fiesta, así que se esmera mucho en consentirlos con su comida.

Rápidamente la abuela se pone el delantal y empieza a preparar los alimentos mientras el abuelo riega el jardín. Por su lado, Pedro y Luis juegan con un lindo cachorro, se trata de un perrito llamado Madú. Madú es muy juguetón con los niños y ellos se divierten mucho lanzándole la pelota una y otra vez mientras éste corre por ella. Entre juegos y risas, Luis percibe un rico olor que viene desde la cocina de la abuela. “¡Ummm, qué rico huele, Pedro! De seguro que la abuela está preparando el desayuno en la cocina, ¿y si vamos a ayudarla Pedro?”, preguntó el pequeño Luis mientras veía salir humo de la chimenea de la abuela. “No, Luis, si nos vamos ¿con quién va a jugar Madú?” Contestó Pedro. “Tienes razón Pedro, pero si no vamos ¿quién va a ayudar a cocinar a la abuela? El abuelo no puede, él está regando el jardín... si quieres podemos regresar a jugar más tarde con Madú y mientras



tanto lo dejamos en su casita, ¿qué dices Pedro?” “Pues, si quieres, más tarde ayudamos a la abuela”. Al ver que Pedro no quiso ir a ayudar a la abuela, Luis salió corriendo y en pocos segundos ya estaba entrando en la cocina de la abuela.

Desde la puerta exclamó: “¡Ummm, que rico huele abuela! ¿Qué estás cocinando? Dime en qué puedo ayudarte”, preguntó Luis, con sus manitas llenas de tierra y su rostro un poco sudado. La abuela lo miró y sonriendo le dijo: “Primero debes lavarte muy bien las manos con agua

y con jabón y luego puedes ayudarme a llevar esos plátanos a la mesa, ¿de acuerdo muchachito?” Luis sonrió e hizo lo que la abuela le pidió. Una vez que terminó, preguntó a la abuela qué más podía hacer, y ella le pidió que fuera a traer a su abuelo y a su hermano para desayunar todos juntos.

Una vez sentados alrededor de la mesa empezaron a disfrutar del rico desayuno. Se trataba de unos huevitos revueltos, leche fresca y algunas frutas. Mientras comían el abuelo preguntó a Luis si recordaba cómo fue que consiguieron la leche y los huevos, a lo que el pequeño Luis muy entusiasmado empezó a relatar lo divertido que fue ir por los huevos al gallinero y por la leche al establo de las vacas.

Al terminar el desayuno Pedro fue el primero en levantarse de la mesa y en recoger los platos de todos. La abuela dijo que podía regresar a la mesa y después ella los lavaría. Pero ésta vez Pedro sonrió a la abuela y le dijo que ella ya había preparado el desayuno, que Luis le ayudó a prepararlo y que el abuelo también ya había ido por la leche. Así que esta vez él quería ayudar a lavar los platos, pues él también quería tener algo que contar. Los cuatro sonrieron y estuvieron de acuerdo. Pedro muy contento lavó todos los platos que se usaron en el desayuno.

Así, Pedro aprendió que todos podemos ayudarnos unos a otros, no importa si se trata de una tarea sencilla o si se requiere de algún esfuerzo. Todos podemos ayudar de acuerdo a nuestra medida o capacidad.

Carga a impartir: Amar a nuestros hermanos, hermanas, y todos. Podemos mostrar nuestro amor a otros al ayudarlos y al dar de forma generosa.

Versículo para enseñar: Sobrellevad los unos las cargas de los otros... Gálatas 6:2

LA GRANJA DEL ABUELO

PEDRO Y EL GALLO

Un día, después del desayuno, el abuelo invitó a sus dos nietos a dar de comer a las gallinas, Pedro y Luis corrieron detrás del abuelo. “Puedo correr más rápido que tú”, le dijo Pedro a Luis, quien respiraba y jadeaba tratando de mantener el ritmo. Después de subir corriendo una pequeña colina, Pedro gritó: “¡Hurra! ¡Soy el rey de la colina!”. Abajo, mientras el abuelo casi llegaba al gallinero les dijo: “Bajen, vamos a alimentar a las gallinas”.



Así que todos tomaron un puñado de maíz y comenzaron a arrojarlo en el piso del gallinero. En primer lugar el gran gallo corrió y comenzó a cacaraquear y rasguñar el suelo para que las gallinas supieran lo importante que era él. El gran gallo actuaba como si él, y no el abuelo, hubiera traído el alimento. Luego saltó sobre un poste, echó hacia delante su pecho, y dejó salir un gran ¡Kikiriquí! Sólo para que todos supieran que él era el rey del gallinero.



Después de alimentar a las gallinas, el abuelo caminó hacia un área privada con más alimento. Allí estaba otro gallo, se veía golpeado y maltratado. Ni siquiera levantaba su cabeza. “¿Qué le pasó a él abuelo?” preguntó Luis. El abuelo explicó, “Este gallo es el hermano pequeño del gallo que acaba de cantar en el gallinero. Un día, aquel gallo más grande quiso mostrar a todos quién era el jefe, y comenzó una pelea con este gallo que es su hermano más pequeño. Los gallos tienen garras afiladas en sus patas, las cuales usan para luchar. Se supone que las utilicen para proteger a las gallinas y a los pollitos, pero en algunas ocasiones las usan para pelear uno contra otro. Ellos pueden llegar a lastimarse mucho, o incluso pueden matarse. El gallo más grande, en lugar de proteger a su pequeño hermano, lo golpeó tanto que lo hirió, así que ahora tenemos que ponerlo aparte para que se recupere. Es probable que ellos jamás estén juntos de nuevo en un mismo gallinero”.



De regreso a casa, Pedro estaba muy silencioso y pensativo considerando si alguna vez su hermano se había sentido así. De repente ser el rey de la colina ya no era tan importante. Se sentía un poco avergonzado de la manera en que había tratado a Luis cuando gritaba en la colina. Una vez consciente de lo que había hecho, corrió un poco más despacio y esperó que Luis lo alcanzara. Ya juntos, Pedro echó el brazo sobre el hombro de su hermanito Luis y así caminaron hasta llegar a casa. Desde entonces, Pedro vivió agradecido por tener un hermano pequeño con quien jugar y compartir.



Carga a impartir: Amar a nuestros hermanos, hermanas, y todos, no descuidando de nuestra manera de tratar a las personas, especialmente a aquellos que están cerca de nosotros; cada uno es precioso.

Versículo para enseñar: “...améis unos a otros....” Juan 13:34

LA GRANJA DEL ABUELO

LA GALLINA PICOTEADA

Cada mañana nos trae un nuevo día, pero hoy será algo especial. Pensó la abuela mientras horneaba unas ricas galletas con chispas de chocolate para el grupo de primer grado de la maestra Gaby quien iba a visitar la granja.

El rugido del motor del autobús y el rechinido de los frenos le dejaron saber a la abuela que las niñas habían llegado. La abuela salió al encuentro de trece pequeñas que bajaban sonriendo del autobús. La abuela se presentó ella misma a la clase, y notó que había una pequeña al final. Era más tranquila que el resto y estaba sola. Tenía unas muletas y, a diferencia de las otras, no había una sonrisa en su rostro. La abuela pudo ver que las otras niñas susurraban y le hacían caras y después se reían a carcajadas. La pequeña niña se sonrojaba y se hacía incluso más pequeña.

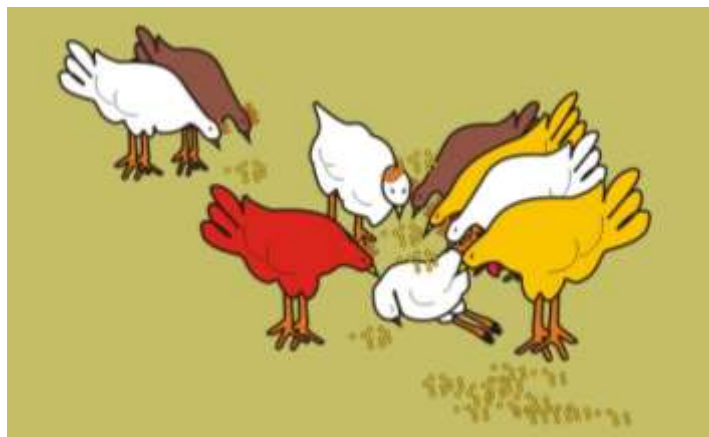


El abuelo se acercó para darle al grupo un recorrido por la granja. Cada una caminó hacia el granero para visitar a las vacas y a los cerdos, excepto Ana, la pequeña niña solitaria. Las otras niñas habían pasado alrededor de ella muy bruscamente ¡Casi la tiran! y en lugar de disculparse, siguieron caminando y riéndose de ella.

Después de tratar de ordeñar a las vacas, todas se marcharon al gallinero, uniéndose al abuelo. Las niñas rodearon la cerca y el abuelo les explicó que debían mantenerse alejadas del gallo porque- podía ser peligroso, sus espuelas afiladas podían cortarlas. Ana era más pequeña que el resto de las niñas, y no podía acercarse lo suficiente para ver.



Ellas miraron cómo el abuelo tiraba al suelo la comida para las gallinas, y se rieron de los esfuerzos cómicos del gallo para engañar a todo el mundo haciéndoles creer que él había puesto la comida. Todas las gallinas se juntaron alrededor y comieron lo más rápido que pudieron. Había una pequeña gallina, tratando de conseguir un poco de alimento, pero las más grandes la picoteaban para impedir que ella también comiera.



El abuelo dijo que el nombre de la gallina era Pío. La abuela la había criado desde que era un huevo, pero había estado teniendo problemas, las otras gallinas no se llevaban bien con ella. Las gallinas más grandes y fuertes picoteaban a las más jóvenes, y pequeñas, y ellas así hacían lo mismo a las otras. Aparentemente Pío era la gallina más joven y pequeña de todas. Cada una de ellas que pasaba le picoteaba la cabeza. ¡Hasta le faltaba un buen bonche de plumas en la cabeza! Todas las niñas estaban molestas y sorprendidas por la forma en que Pío estaba siendo tratado.

Mientras todas las niñas estaban molestas y hacían exclamaciones de cómo las otras gallinas se habían comportado, una de las niñas miró a la pequeña Ana y recordó cómo ellas habían chismeadado acerca de ella. Nadie se había preocupado por hacer amistad con ella. Entonces un pensamiento vino, “¡Pues, no somos más que un montón de gallinas insolentes!”

Después, ella fue a donde estaba Ana y le dijo, “Ven al frente conmigo, Ana; puedes ver mucho mejor desde aquí”. Ana tímidamente tomó su mano y fue al frente de la cerca.

Cuando regresaron a la casa de la abuela para disfrutar de las galletas, en vez de doce niñas sonrientes, ahora había trece. Ellas caminaban lentamente, porque ahora todas caminaban junto a Ana, esta vez TODAS estaban sonriendo.



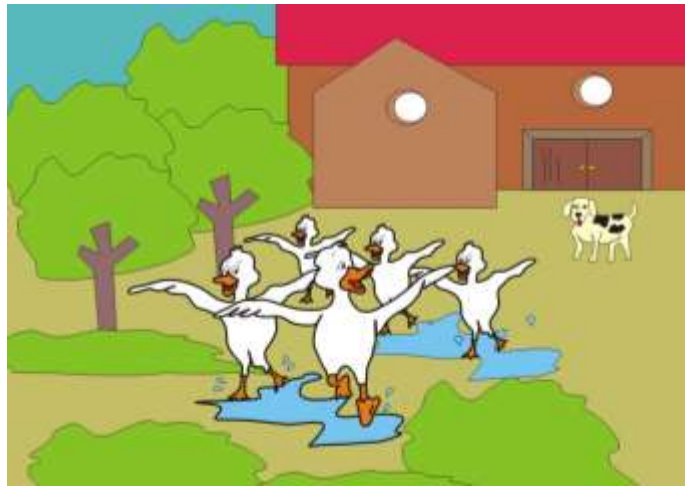
Carga a impartir: Amar a nuestros hermanos, hermanas, y todos, tomando en cuenta los sentimientos de las personas, alegrándonos con los que se gozan, y llorando con los que lloran, y acompañando a los humildes.

Versículo para enseñar: “Gozaos con los que gozan; llorad con los que lloran... sino asociándose con los humildes”. Romanos 12:15-16

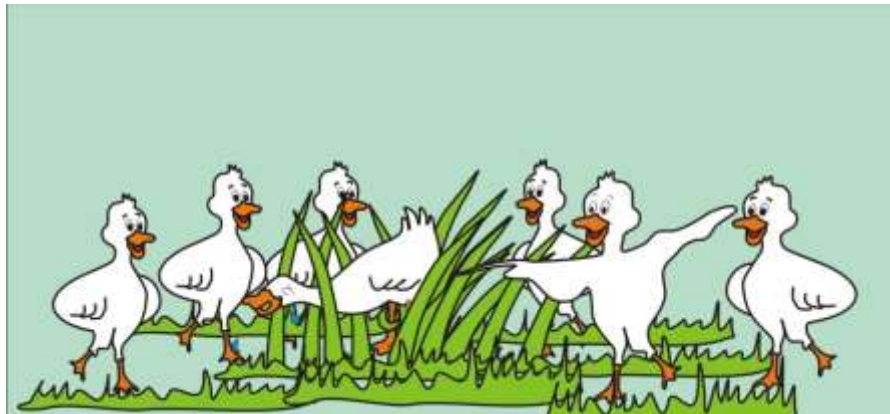
LA GRANJA DEL ABUELO

LA PARVADA DE PATOS

“El abuelo está llamando a los patos para ir hacia al bosque”, dijo la abuela a Pedro y Luis mientras miraba por la ventana. Los chicos corren y miran a los patos, como los patos van corriendo y atravesando el patio. Se ven tan graciosos, corriendo juntos en un gran grupo. No son como las gallinas, las cuales siempre pelean y luchan una contra otra; y no se preocupan por los demás en absoluto. Mientras observaban, el gran perro del abuelo, Goliat, dobló en la esquina y los sorprendió. Los patos se dispersaron estrepitosamente. Aun después de que Goliat se había ido, los patos seguían graznando en señal de alarma. “¡QUACK! ¡QUACK! ¡QUACK! ¡QUACK! ¡QUACK!”



“Creo que mejor voy a ver cuál es el problema”, dijo la abuela, “tal vez uno de los patos se ha atorado; a ellos no les gusta estar separados unos de otros. Déjenme ver si puedo ayudar .” Todos se marcharon al patio, y como había dicho la abuela, uno de los patos había quedado atrapado en un arbusto, graznando frenéticamente. Todos los demás patos lo rodearon y estaban graznando alrededor de él. Su amigo estaba asustado y triste, y ellos no lo querían dejar solito.



La abuela y Pedro corrieron detrás del pato atemorizado abriendo el arbusto. El asustado pato corrió para reunirse con sus amigos. Todos los demás graznaban de felicidad por estar todos juntos de nuevo. Moviéndose como una sola parvada, continuaron su jornada hacia el bosque.



Con la crisis terminada, la abuela y los chicos regresaron para preparar el desayuno. En el camino, Luis le contó a la abuela de la vez que estuvo muy asustado porque se cayó de un árbol y se lastimó el tobillo. También le contó cómo Pedro se había quedado con él y lo había cuidado hasta que su papá llegó. “Eso no fue nada”, dijo Pedro ruborizado, “Yo soy el hermano mayor; ese es mi trabajo.” Entonces la abuela les dio un gran abrazo a los dos niños.

Carga a impartir: Amar a nuestros hermanos, hermanas, y todos, cuidándolos. (Gén. 4:9)

Versículo para enseñar: “...amémonos unos a otros....” 1 Juan 4:7

LA GRANJA DEL ABUELO

LA SOPA DE CHÍCHAROS

En la granja de los abuelos, Pedro y Luis salen todas las mañanas a jugar con algunos animalitos. Un día, llegó su vecino Juanito a jugar con ellos.



Después de jugar por unas horas, él los invitó a comer a su casa. Ellos fueron a pedir permiso a los abuelos y al recibir un sí, salieron corriendo de la granja.

Cuando llegaron a la casa de Juanito la primera persona que conocieron fue a María, la mamá de éste, y aunque ella sonrió un poco, los niños notaron cierta tristeza en ella. También conocieron al papá, que era un hombre alto y fuerte. Ellos eran los padres de su pequeño amiguito. Una vez servida la comida, se sentaron a la mesa y cuando la señora María sirvió la sopa, Juanito le gritó a su mamá, “¡Tiene chícharos! La sopa no le gustaba porque tenía chícharos; se molestó, aventó el plato y se levantó de la mesa. Pedro y Luis se quedaron asustados y tristes al ver la reacción de Juanito con su mamá.



Cuando regresaron a la granja, Luis y Pedro les contaron a los abuelos lo que había pasado en casa de Juanito. Mientras narraban a los abuelos lo sucedido, el abuelo se dio cuenta que esto los había puesto un poco tristes, así que ¡se le ocurrió una grandiosa idea!

El abuelo les propuso invitar a desayunar al día siguiente a su amigo Juanito. Así que, fueron muy de mañana a buscar a Juanito. Cuando llegaron a la granja, la abuela estaba preparando un rico desayuno. Por su parte, Pedro y Luis se lavaron sus manitas y le preguntaron si podían ayudar en algo. La abuela les dijo que sí, que pusieran la mesa. Ellos muy contentos lo hicieron. Juanito se sintió extraño y sólo observaba sin decir nada.



Cuando se sentaron a la mesa, dieron gracias a Dios por los alimentos y pidieron que siempre estuvieran juntos, también oraron por la familia de Juanito y por él. Al terminar el delicioso desayuno el abuelo los llevó al campo en una caminata. Mientras caminaban, él les hablaba muy suavemente de lo importante que es que todos respetemos siempre a nuestros padres. Explicaba: “los padres son las personas que más nos quieren y por lo tanto, debemos hacer todo lo posible por respetarlos y obedecerlos, pues de lo contrario, los padres serán personas muy tristes o infelices, ya que nada pone más triste el corazón de un padre como la desobediencia o el insulto de un hijo”.

Al escuchar esto, Juanito se quedó pensativo y en ese momento recordó el rostro triste que puso su madre cuando él no se quiso comer la sopa de chícharos y aventó el plato. Cuando llegaron a la orilla de su finca, Juanito dio las gracias a todos por el desayuno, y especialmente a los abuelos, y corrió a su casa. Cuando llegó, pidió perdón a su papá y a su mamá por el comportamiento del día anterior. Ellos se sintieron muy felices que su hijo tuvo tal cambio de actitud y le dieron un grande y fuerte abrazo.



Carga a impartir: Honrar a nuestros padres, pues ellos son la fuente de muchas bendiciones en nuestras vidas: debemos amarlos y apreciarlos.

Versículo para enseñar: “...sed agradecidos”. Colosenses 3:15

EN LA GRANJA DEL ABUELO

LA SORPRESA DE ABUELA

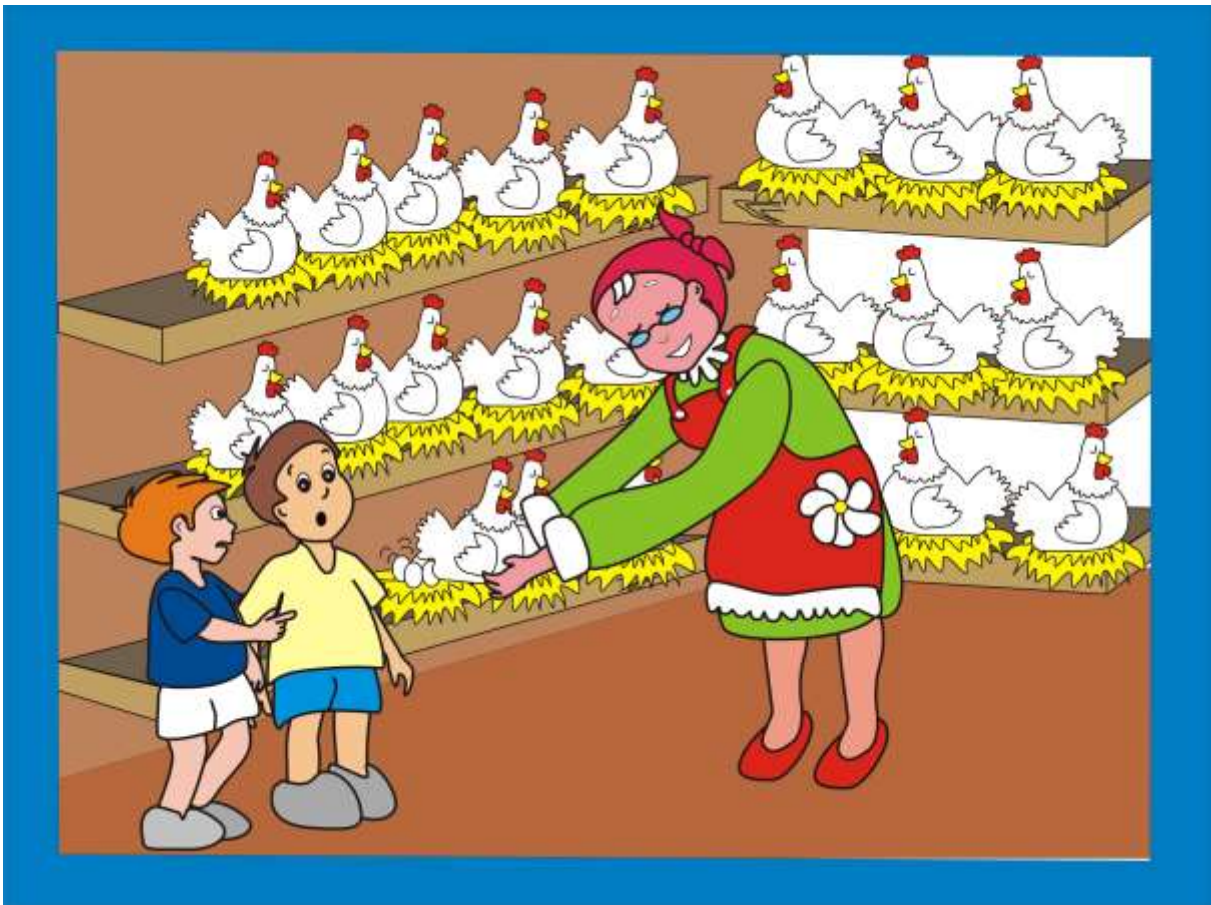
Una mañana soleada, Luis y Pedro estaban afuera jugando pelota. Mientras tanto, la abuela los llamó: “¡Luis! Pedro! ¡Necesito que vengan conmigo al gallinero!” La abuela quería sorprender a los niños con una gran sorpresa; ver cómo salen los pollitos del cascarón. Ella sabía que hoy era el día en que los huevos que las gallinas -habían empollado- estaban a punto de abrirse y dar vida a unos lindos pollitos.

“¡Pero queremos jugar a la pelota!” exclamaron Luis y Pedro a la vez. “¿No podemos darles de comer a las gallinas más tarde?” La abuela se sintió un poco decepcionada con su respuesta, pero no quería que se perdieran de esta oportunidad; nunca habían visto pollitos nacer. Ella decidió darles otra oportunidad.



“No, esto no se puede hacer más tarde. Yo necesito que vengan ahora,” ella respondió pacientemente. Entonces añadió, “Pero si no quieren, no *tienen que* venir.” “Está bien,” dijeron los niños, medio refunfuñando, “ya vamos.” Juntos entraron al gallinero.

Los niños quedaron sorprendidos de que la abuela no fue a buscar maíz para darles de comer a las gallinas; en vez de esto, fue a donde las gallinas ponían sus huevos.



Parados alrededor de una de las gallinas podían escuchar un “pío pío” quedito bajo las plumas suaves y esponjosas de la gallina. La abuela suavemente hizo a un lado a la gallina para que pudieran ver los huevos.

Cuatro pollitos pequeñitos ya estaban saliendo de su cascaron con sus patitas y sus pequeños picos, y dos pollitos estaban en el proceso de abrir sus cascarones.



“¡Vaya, abuela! Nunca antes habíamos visto pollitos salir del cascarón,” exclamó Luis. Pedro dijo: “Que chistosos se ven medio mojados y tambaleantes.” Esto es divertido y nuevo para mi, estoy muy contento que no nos lo perdimos” dijo Luis. La abuela sonrió y dijo: “Yo también estoy contenta de que no se perdieron de su sorpresa.”

Y así, muy contentos se abrazaron los tres. Ellos descubrieron algo nuevo y aprendieron que obedecer puede traer lindas sorpresas.

Carga a impartir: Honrar a nuestros padres, pues la desobediencia resulta en pérdida, mientras que obedecer puede resultar muy gratificante.

Versículo: Efesios 6:1: Hijos, obedezcan a sus padres, porque esto es bueno.

LA GRANJA DEL ABUELO

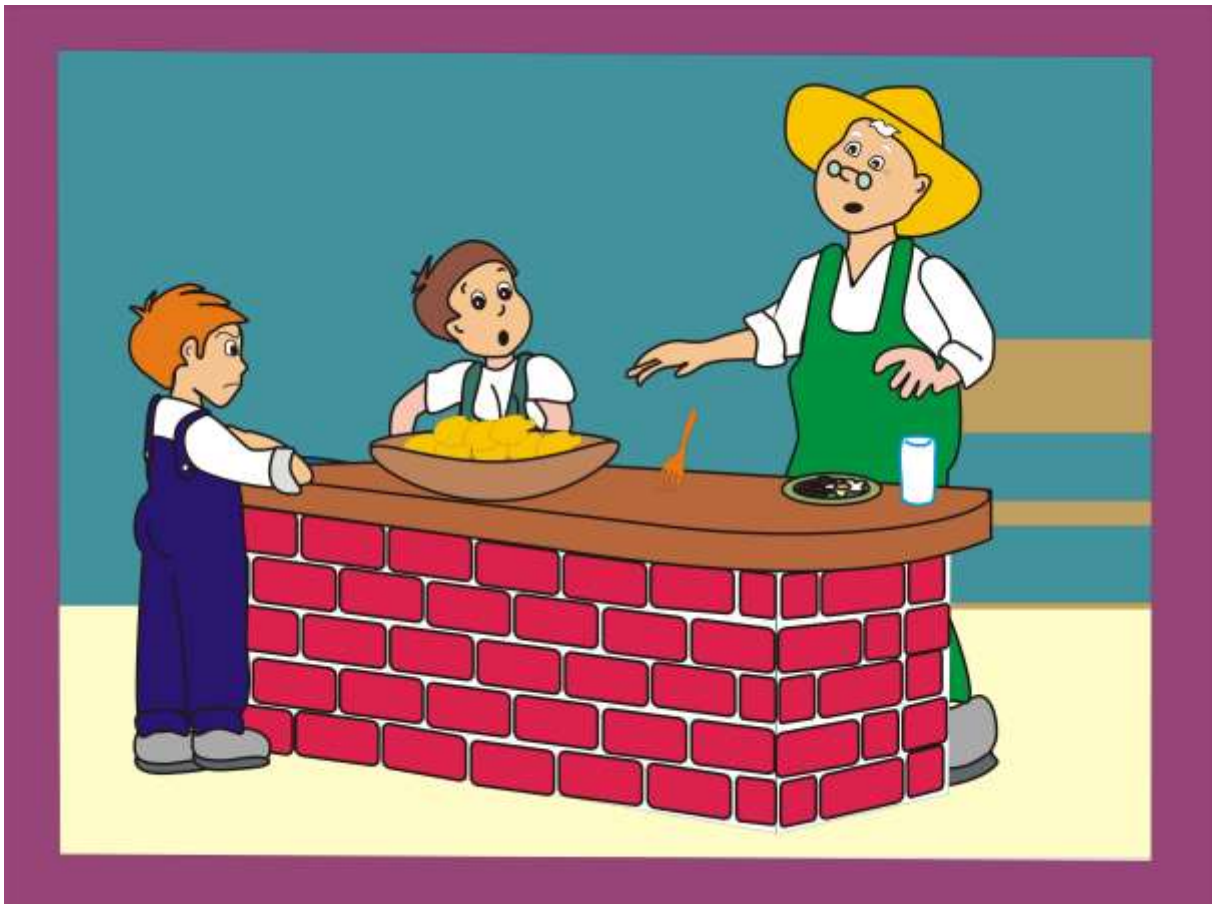
EL DERRUMBE

“Abuelo, abuelo”, los niños entraron gritando con entusiasmo por la cocina, “¡Vengan y vean lo que encontré!” “¡Es una cueva en la ladera; podría ser un gran fuerte!”

El abuelo puso su tenedor en la mesa, y dijo, “ya sé de cuál cueva están hablando. ¿Qué no está toda cubierta con tablas?” “Sí lo estaba”, Pedro respondió, “pero nosotros pudimos quitarlos. Estaban bastante podridos.

El abuelo respondió, “las tablas no están allí para que uno pueda quitarlas; son para mantener a pequeños curiosos como ustedes fuera de peligro. Es una cueva muy peligrosa, se usaba como una mina.” Quiero que ustedes niños se mantengan alejados de ella, o podrían salir lastimados.

A Luis y Pedro no les parecía que la cueva fuera peligrosa y deseaban mucho salir y explorarla. Luis era terco y puso su rostro todo fruncido, pero el abuelo no lo notó. Él estaba tratando de figurar lo que necesitaría para volver a cerrar la mina.



Tan pronto como los niños volvieron a salir, Luis comenzó a quejarse, “el abuelo no quiere que tengamos ninguna diversión. La cueva no es peligrosa”. En silencio Pedro asintió, pero él sabía que no debía contradecir directamente lo que su abuelo les había dicho. Luis ya tenía preparado planes de cómo iba a arreglar su fuerte, así que lo que dijo el abuelo realmente lo decepcionó.

“Voy a verlo,” dijo Luis con una mirada muy determinada en su rostro. “Tal vez no es tan peligroso como el abuelo piensa”.

Pedro estaba preocupado pero siguió a Luis mientras tomaba el camino de la mina. Luis entró en la cueva pero Pedro se quedó fuera de la entrada. Mientras Luis esperaba dentro y miraba alrededor decía, “ves, no es peligrosa; es sólo un gran hoyo con tablas que parece un cuarto”. “Luis, no deberías hacer eso; el abuelo dijo que estuviéramos afuera”, le dijo Pedro. “¡NO ES PELIGROSO!” gritó Luis mientras pateó fuertemente algunas tablas.



De repente, hubo un sonido muy fuerte y después la entrada de la mina colapsó. Pedro estaba horrorizado. ¡Luis desapareció! “Luis, Luis, ¿dónde estás? Pedro gritó. ¿Estás bien? ¡Luis!” Con una voz muy suave escuchó a Luis diciendo, “Estoy aquí, pero está muy oscuro. Ayúdame a salir; estoy asustado”. Pedro pudo oír que Luis comenzó a llorar fuertemente.

Pedro se dio cuenta que no había manera de sacar a Luis. “Voy a traer al abuelo”, le gritó a Luis. “En seguida regreso”. Pedro corrió por el sendero, pero antes de llegar más lejos vio venir al abuelo con una carretilla llena de tablas, un martillo y muchos clavos.

“¡Abuelo! ¡Abuelo! “¡La cueva se derrumbó y Luis quedó atorado en ella!” Pedro gritó. El abuelo corrió a la mina. “Luis, ¿Puedes escucharme?” dijo lo más fuerte que pudo cuando llegó allí.

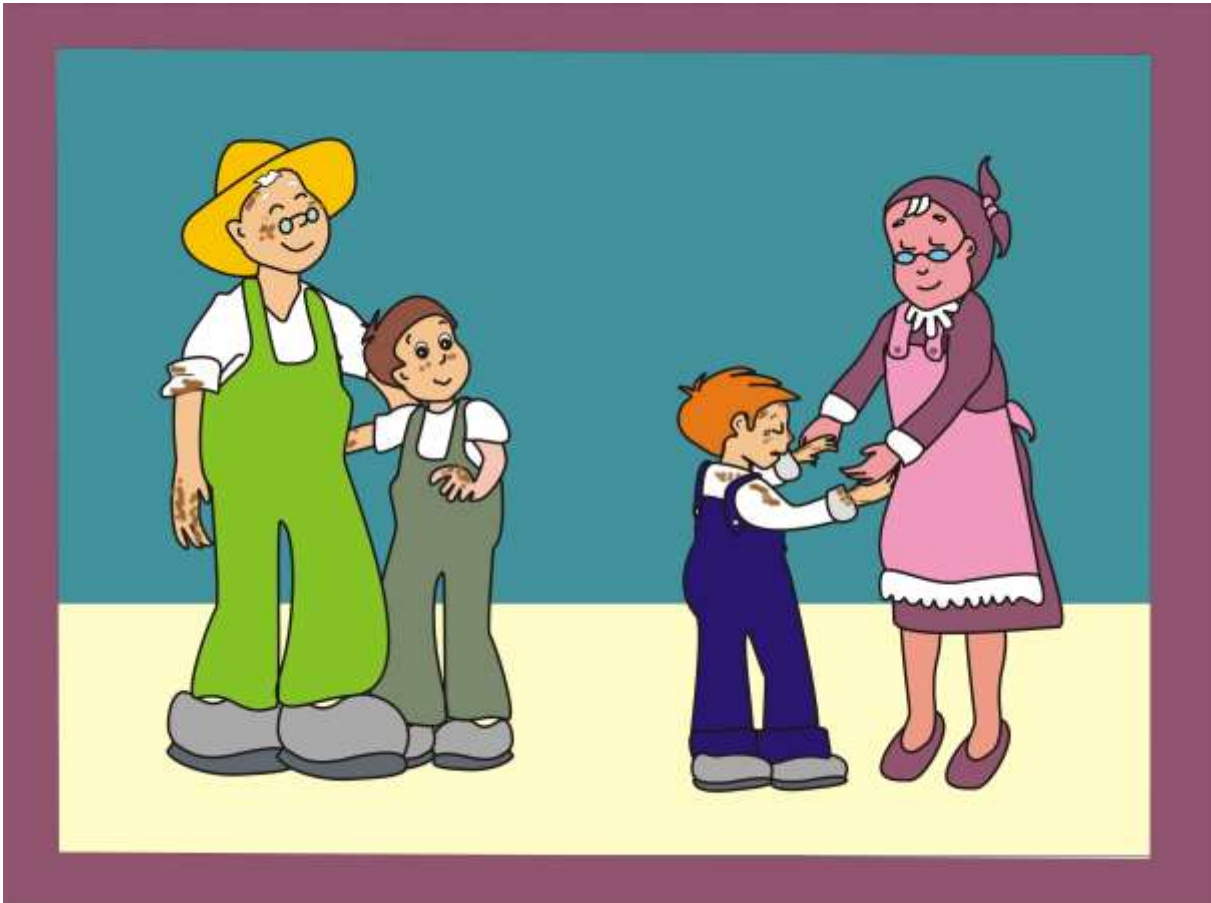
“Sí, abuelo”, Luis sollozó. “Siento mucho haberte desobedecido”. “Hablaemos de eso más tarde,” dijo el abuelo, “pero primero debemos sacarte de allí”.

El abuelo tenía una pala y comenzó a excavar. Él excavó toda la tarde, incluso pasó el tiempo de la cena. Pedro sabía que el abuelo se estaba cansando, pero él nunca dejó de cavar.



Finalmente, el abuelo hizo un hoyo en la barrera. No pasó mucho tiempo para que el abuelo abriera un gran agujero lo suficientemente grande por dónde pudo jalar a Luis. Luis estaba lleno de tierra de pies a cabeza, a excepción de las rayas que habían hecho sus lágrimas en su rostro.

El abuelo pasó a Luis a la abuela quien le dio un gran abrazo. Pedro también le dio un gran abrazo. Estaba tan agradecido que su pequeño hermanito estuviera a salvo. ¡Qué tontos ellos habían sido al pensar que el abuelo no quería que ellos se divirtieran! ¡Él los amaba y sólo quería mantenerlos a salvo! Pedro decidió que él siempre obedecería al abuelo y se aseguraría que Luis también lo hiciera.



El abuelo dijo, “Vamos a casa por una taza de chocolate caliente. Hablaremos de esto en la mañana.” Ellos caminaron a la casa tomados de las manos, agradecidos que todos estuvieran a salvo.

Carga a impartir: Honrar a nuestros padres, pues ellos solamente nos dan reglas para nuestro bien, puesto que ellos las hacen porque nos cuidan y tratan de ayudarnos.

Versículo: “Honra a tu padre y a tu madre... para que te vaya bien...” Efesios 6:2-3

EN LA GRANJA DEL ABUELO

EL RÍO

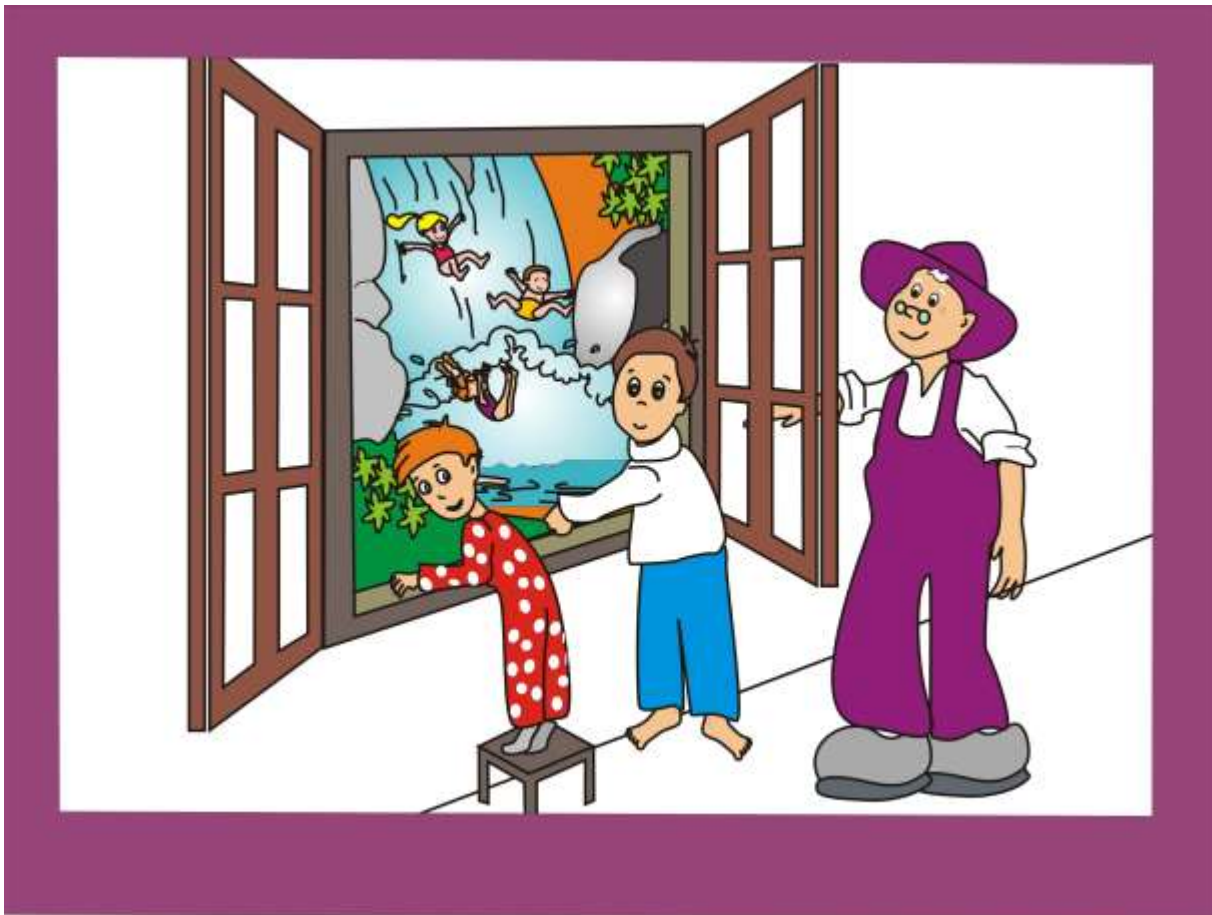
Una tarde, mientras Pedro y Luis platicaban con sus padres por teléfono acerca de lo divertido que ha sido pasar las vacaciones en la granja de sus abuelos, se escucharon a lo lejos las voces de unos niños que gritaban y reían a carcajadas. El abuelo y la abuela se miraron y sonrieron; era como si el mismo pensamiento pasaba por sus mentes.

Cuando Pedro y Luis se estaban despidiendo de sus padres, los abuelos los escucharon decir: "Sí papá, así lo haremos".



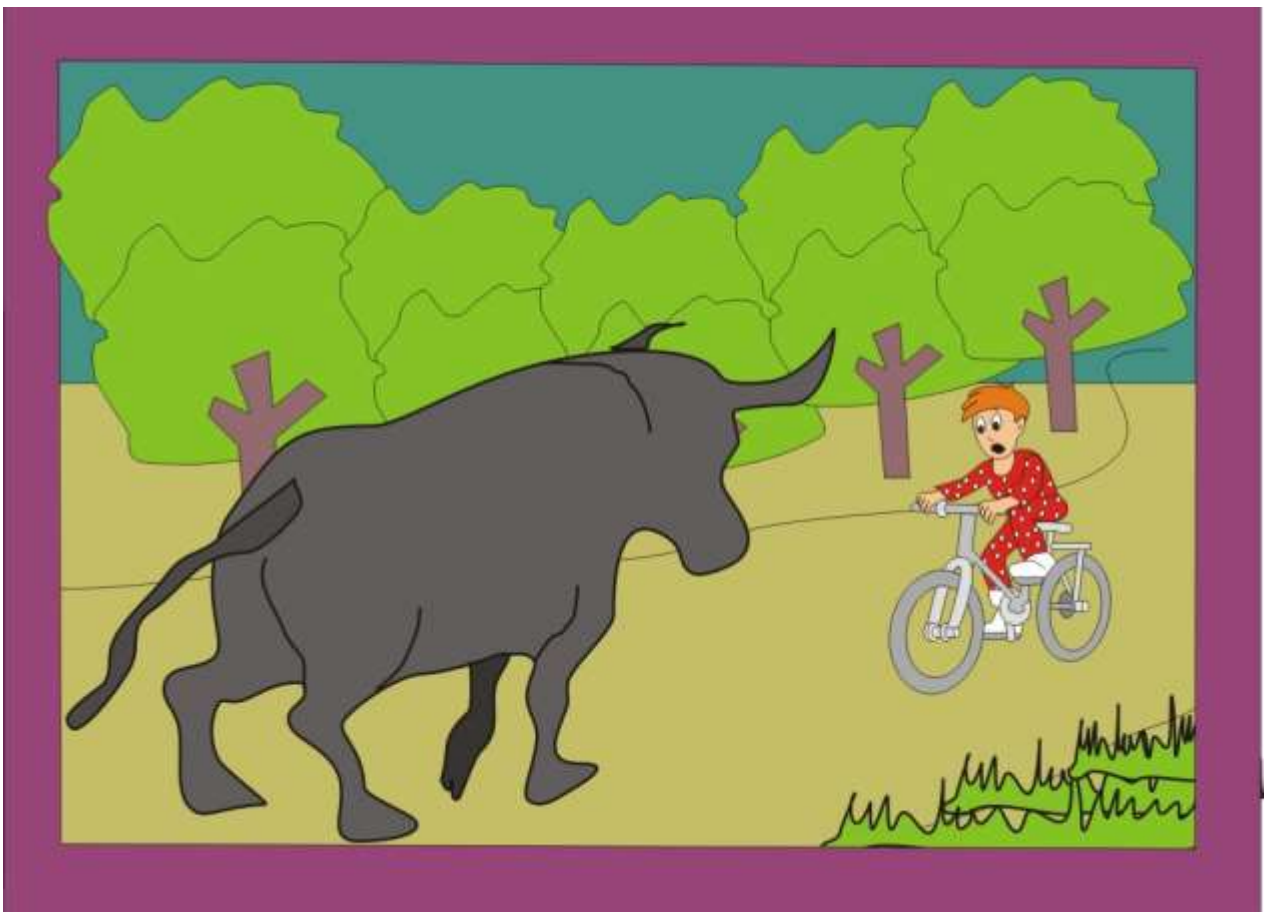
En ese momento colgaron el teléfono y Luis preguntó: “Abuelo, ¿qué es ese ruido que se escucha a lo lejos?”. Pedro agregó: “Es como si hubiera algo que hace que los niños griten y se rían; ¿qué será abuelo?” Los abuelos mirándose de nuevo sonrieron un poco y el abuelo contestó: “Ese ruido viene de unos niños que vienen junto con sus padres y sus primos a bañarse a un río cerca de aquí; ellos vienen de vez en cuando y parece que hoy están por aquí”.

“Ahhhh, entonces eso es...” dijeron Luis y Pedro mirando por la ventana. Era como si intentaran ver a lo lejos aquellos niños. Obviamente el abuelo se dio cuenta que querían ir y les propuso que al día siguiente, después de terminar algunas tareas, fueran ellos tres. Pedro dijo que sí, pero Luis intentó convencer al abuelo para que fueran en ese momento, el abuelo dijo que ya era muy tarde para ir, que dentro de poco tiempo el sol se ocultaría y su diversión se terminaría. Así que Luis agachó su cabeza y dijo que estaba bien.



En seguida, salió junto con Pedro a pasear en bicicleta. No dieron más que tres vueltas al patio cuando Luis se desvió y empezó a dirigirse hacia donde estaba el río. Pedro, asustado, comenzó a gritar: “¡Luis, Luis! ¡Regresa! El abuelo nos llevará mañana, ¡regresa Luis! A Luis parecía no importarle mucho lo que le había dicho su abuelo ni lo que ahora le decía su hermano. Continuó hacia el río mientras Pedro regresó a la casa para avisarles a los abuelos.

Cuando a Luis le faltaba muy poco para llegar al río, repentinamente se encontró con un enorme toro. Luis era muy pequeño en comparación con el toro, así que se asustó y chocó con un arbusto. Se trataba del vecino que venía por ese mismo camino con sus vacas, sólo que ese toro venía primero, las demás vacas le seguían y al final también venía su dueño. Luis se escondió detrás del arbusto mientras pasaban todas esas vacas.



Cuando se levantó para sacudirse el polvo, miró un poco hacia arriba y vio que a lo lejos venía la camioneta de su abuelo. Él sintió tanta vergüenza en ese momento que empezó a llorar. Pocas veces Luis se había sentido tan mal por desobedecer, verdaderamente estaba arrepentido. Cuando el abuelo y Pedro llegaron, lo abrazaron y consolaron.

Ya en casa, Luis pidió perdón a sus abuelos y a su hermano. Al día siguiente, también pidió perdón a sus padres por haberles dicho que sí iba a obedecer a los abuelos y no hacerlo.

Por esta experiencia Luis aprendió que desobedecer a sus abuelos es lo mismo que desobedecer a los padres y que debido a que todavía es un niño, necesita obedecerlos para no sufrir ningún daño.

Carga a impartir: Respetar a la autoridad, obedeciéndola.

Versículos: “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres.” Efesios 6:1a

“Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano.” Levítico 19:32a

EN LA GRANJA DEL ABUELO

PERDIDO

Una noche lluviosa mientras el abuelo merendaba un chocolate caliente junto con Pedro y Luis, la abuela caminaba por la cocina tratando de terminar la lista de compras que haría al día siguiente. Lentamente, Pedro se acercó a ella y le preguntó: “Abuela, ¿qué es lo que haces?” ella respondió: “estoy terminando la lista de compras porque mañana iré muy temprano al pueblo por algunas cosas que me hacen falta”. Pedro preguntó si podía acompañarla y dijo que por ella no había ningún problema, pero que le preguntara al abuelo, a ver que le decía.

Mientras Pedro preguntaba al abuelo si podía acompañar a la abuela, Luis lo escuchó y él también pidió al abuelo que lo dejara acompañar a la abuela y a Pedro. Después de mencionar algunas condiciones, el abuelo les dio permiso.

Por la mañana, los tres salieron rumbo al pueblo para hacer las compras. Una vez que llegaron empezaron a comprar y comprar... Por un momento Pedro dijo que estaba aburrido y cansado, Luis dijo que él también pero que ya estaban ahí, ahora debían acompañar a la abuela y sólo debían esperar un poco más a que ella terminara.



Cuando la abuela estaba llegando al último lugar donde suele comprar las harinas, los niños observaron un pequeño parque y de inmediato le preguntaron si podían ir mientras ella terminaba de comprar, ella dijo que en esta ocasión no era posible porque ella estaría ocupada y no podría vigilarlos, pero que les prometía llevarlos después junto con el abuelo. Ellos agacharon la cabeza y siguieron caminando. Una vez que llegaron al almacén de las harinas, la abuela les pidió que la esperaran en la entrada mientras ella hacía las compras.

Ellos se quedaron en el lugar donde ella les dijo, pero no pasó ni un minuto cuando Pedro le propuso a Luis ir un ratito al parque que acababan de ver, Luis le dijo que la abuela ya había dicho que los llevaría después, y que además, el abuelo dijo que obedecieran a la abuela en todo. Pedro, un poco molesto, se levantó de la silla donde lo había dejado la abuela y empezó a caminar hacia el parque, Luis le insistió en que no se fuera, pero Pedro lo ignoró. Cuando la abuela regresó, Luis estaba casi llorando por lo que había sucedido, la abuela se preocupó muchísimo y pidió ayuda a un policía. Éste les ayudó a buscar a Pedro en el parque, pero mientras ellos lo buscaban, Pedro trató de regresar al almacén sin darse cuenta que tomaba otro camino, así que se confundió y por más que trató de encontrar el almacén de las harinas no lograba verlo. Se desesperó tanto que se puso a llorar y poco a poco caminó de nuevo hacia el parque, fue entonces cuando el policía lo encontró y lo llevó de regreso con la abuela, ésta, preocupada por él, lo recibió con un abrazo y un beso.



Cuando llegaron a casa contaron lo sucedido al abuelo y éste se sintió muy mal por la desobediencia de Pedro, entonces les explicó a él y a Luis lo peligroso que puede resultar perderse y no volver a ver a sus padres ni a sus familiares. Pedro pidió perdón y dio un fuerte abrazo a su abuelo.

Aunque lo que sucedió le pasó a Pedro, Luis también aprendió la lección: No desobedecer al abuelo ni a la abuela por más aburridos que estén.



Carga a impartir: Que nuestros niños aprendan la obediencia.

Versículo: “Delante de las canas te levantarás, y honrarás el rostro del anciano.” Levítico 19:32a

EN LA GRANJA DEL ABUELO

EL TALLER

Mientras la abuela preparaba un rico almuerzo para el abuelo y los niños, éstos entraron corriendo buscando al abuelo. “¡Abuelo, abuelo! ¿Dónde estás? ¿Abuela, has visto al abuelo?” “No, él no está aquí, recuerden que cada mañana él se va a alimentar a los animales y hacer otras tareas en la granja, pero en cualquier momento llega porque ya casi es hora del almuerzo, ¿por qué lo buscan con tanto apuro? ¿Qué les sucede?” preguntó la abuela, mientras Pedro y Luis se miraban como si ocultaran algo.... “está bien, dílo tú, Luis; dile a la abuela lo que queremos pedirle al abuelo” dijo Pedro. “Pues, mira abuela, mientras nosotros jugábamos por el patio, nos encontramos a Juanito, el vecino de al lado y él nos dijo que este fin de semana su maestra prometió venir a dar un taller llamado “Reciclar para jugar” ella dijo que todos los niños que estuvieran libres ese día podían ir. Abuela, nosotros queremos ir; ¿crees que podríamos ir? ¿Tú y el abuelo nos dan permiso?” La abuela sonrió y dijo tal vez puedan ir, pero deben esperar al abuelo y también pedirle permiso a él.

Cuando el abuelo llegó, los niños le preguntaron si podían ir al taller. Continuaron hablando del tema durante el almuerzo hasta que los abuelos decidieron dejarlos ir.

El sábado los niños se fueron al taller junto con su amigo Juanito. Él los presentó a sus compañeros y a la maestra. Todos les dieron la bienvenida y enseguida la maestra empezó a hablar sobre el propósito de ese taller llamado “Reciclar para jugar”. Ese día construyeron un tren con varias cajitas de leche vacías y otros materiales que llevaron. El trabajo se iba hacer en equipo, así que todos tenían que cooperar. Casi al finalizar la actividad, la maestra empezó a dar la lista de los materiales que necesitaban llevar al día siguiente. Mientras lo hacía, Pedro tomó de nuevo el tren que habían elaborado y comenzó a jugar.



La maestra le dijo que el tiempo de jugar se había terminado y que pusiera atención a lo que ella decía. Pero Pedro sólo se detuvo un momento y luego empezó a jugar otra vez; en voz baja le dijo a Luis que ella no era su maestra, sino que era la maestra de Juanito, y que además él podía jugar y escuchar a la vez. Luis no le dijo nada por no hacer más ruido, pero movió su cabeza como desaprobando la actitud de su hermano. La maestra terminó de dar las instrucciones y les dijo que los esperaba al día siguiente.



Al regresar a la casa les contaron a los abuelos todo lo que hicieron. Los abuelos estaban contentos hasta que notaron algo raro en Luis. Fue entonces cuando le preguntaron qué le sucedía. Él dijo a Pedro que les contara también lo que la maestra le dijo cuando él siguió jugando con el tren. Aunque Pedro no quería decirles, finalmente lo hizo. Los abuelos se miraron y le dijeron a Pedro: “Eso que hiciste no está nada bien. La maestra sacrificó dos días de sus vacaciones para venir a darles ese taller, además, aunque no sea la maestra que te da

clases todos los días, ella también se merece el mismo respeto y atención , pues en ese momento ella era tu maestra; o dime, ¿quién les enseñó a hacer ese hermoso tren?” Pedro se sintió muy avergonzado por la actitud que había tenido para con la maestra y dijo a los abuelos que no iría al día siguiente al taller. Los abuelos le dijeron que ésa no era la mejor forma de corregir su error, sino que debía ir al taller y ofrecer una disculpa a la maestra y que además, también debía poner toda su atención a las instrucciones que ella le diera.



Pedro pasó la tarde un poco triste porque de verdad estaba arrepentido. Luis se dio cuenta de eso y para animarlo le dijo que juntos buscaran los materiales del día siguiente. Esto lo animó un poco y a la mañana siguiente volvieron junto con su vecino Juanito al taller. A pesar de la vergüenza que sintió, tan pronto tuvo la oportunidad, Pedro ofreció disculpas a la maestra. Ella le sonrió y dijo que eso quedaba olvidado y que le alegraba mucho que regresara al taller.

Desde entonces Pedro respeta y obedece más a sus maestros, aunque sean sus maestros por un solo día.

Carga a impartir: Que nuestros niños aprendan a obedecer a sus maestros.

Versículo para memorizar: Obedeced a vuestros guías, y sujetad a ellos. Hebreos 13:17a

EN LA GRANJA DEL ABUELO

PEDRO Y LA BRÚJULA

“¡Ven a ver abuelo! ¡Ven a ver mi nueva brújula!” Pedro exclamó mientras el abuelo entraba en la cocina. “La compré en la tienda con el dinero que ahorré y ahora siempre podré saber dónde estoy”.

“Déjame ver eso Pedro”, dijo el abuelo. Después de observarla bien, el abuelo se lo la devolvió a Pedro, y con una sonrisa le dijo: “Bueno, está bien para encontrar el camino alrededor del patio, pero yo no me confiaría en ella para usarla en el bosque”.

Pedro dijo: “Ven Luis, vamos a ver cómo funciona”. Los chicos salieron corriendo al patio y comenzaron a averiguar en qué dirección estaba todo. Encontraron que la casa estaba al norte de la granja, y al sur de la carretera. Con mucho placer pasaron la calurosa tarde fingiendo que eran exploradores del salvaje oeste.

Entonces a Pedro se le ocurrió la idea de ver si podía encontrar su camino a casa desde el bosque que estaba cerca, como un *verdadero* explorador. Él había sido advertido de no ir solo, ya que fácilmente podría dar una vuelta y perderse. Luis le recordó: “Pedro, el abuelo dijo que no fuésemos allá solos”.



Pedro respondió: “Eso es porque tiene miedo de que nos perdamos. Pero con mi brújula no nos perderemos. Puedo encontrar mi camino en cualquier parte”.

Luis estaba preocupado, “no creo que sea una buena idea, Pedro. Tal vez deberíamos pedirle al abuelo que nos lleve”. “No”, dijo Pedro, “sé que no nos perderemos y además, el abuelo está tomando una siesta. Estaremos de regreso antes de que se despierte”.

“Pero se está haciendo tarde, ¿qué pasaría si se hace de noche y no podemos encontrar nuestro camino a casa?” Luis dijo preocupado.

“Puedo encontrar el camino a casa; puedo encontrar el camino en cualquier lugar que desee”, declaró Pedro enfáticamente. “Me voy a ir. Puedes venir o no”.

Pedro partió hacia el bosque, con la brújula en la mano, y Luis, no muy contento, le seguía. Después de lo que parecía un largo rato, entraron finalmente entre los árboles. Luis dijo: “No vayamos muy lejos, por si acaso”. “¿Por si acaso qué?”, dijo Pedro. “Yo soy un experto en encontrar el camino. ¡Yo no voy a perderme!” Pedro prosiguió hacia adelante tercamente, verificando su brújula con frecuencia, hasta que se encontraron rodeados de árboles. Todos los árboles se veían iguales para Luis, no podía decir en qué dirección estaban los caminos.



“Ok, vamos a regresar ahora”, dijo Pedro mientras consultaba la brújula. “Es hacia esa dirección”. Él caminó hacia adelante con confianza. Luis tuvo que apresurarse para mantenerse cerca. Caminaron durante lo que pareció suficiente tiempo como para haber salido del bosque, pero seguían rodeados de muchos árboles. “¿Aún no hemos llegado?”, preguntó Luis,

“Estoy cansado y tengo hambre y sed”. Pedro miró su brújula otra vez. “Estoy seguro de que ya casi llegamos”, dijo y continuó.

Luis notó que el amigable cálido sol se había ido completamente, y estaba haciendo frío. No llevaban puestas chaquetas, pues había estado cálido cuando partieron. Los dientes de Luis empezaron a tiritar. “Tengo frío, Pedro”, dijo Luis.

“Ya casi llegamos, te digo”, Pedro le aseguró, ocultando la preocupación que se asomaba en él. Ellos ya deberían haber estado fuera del bosque. Él empezaba a sentir frío, cansancio, hambre y también sed. Su aventura ya no era divertida.

Después de caminar un poco más de tiempo, se estaba haciendo tan oscuro que no podían ver nada. Extraños ruidos como aullidos, graznidos, y chirridos, se escuchaban los cuales asustaron a los niños. Finalmente, Pedro admitió: “Estoy perdido. No sé por qué, pero no puedo encontrar la salida”. Luis sollozaba mientras trataba de contener sus lágrimas. Pedro podía sentir también las lágrimas llenando sus ojos. Pensó para sí: “¿Por qué, oh por qué, fui tan *terco* al insistir en que viniéramos a bosque? ¿Por qué metí a Luis conmigo en esto? ¿Por qué no le dejé una nota al abuelo?”.

“Vamos, dejemos de caminar”, él dijo, “Recostémonos debajo de este árbol y esperemos. Quizás el abuelo nos pueda encontrar”. Los chicos exhaustos y miserables se sentaron junto al árbol. Pedro puso su brazo alrededor de su pequeño hermano tanto para consolarlo, como para darle calor, y los dos se quedaron dormidos.

Luis se despertó con un sobresalto al sentir un insecto arrastrarse por su brazo. Él se lo quitó de un golpe, y luego oyó a lo lejos los ladridos de perros sabuesos. “Pedro, Pedro, escuche algo, ¡despierta!”, exclamó. Pedro se despertó aturdido, y luego se dio cuenta, “Debe ser el vecino con sus perros de caza. Tal vez ellos nos están buscando. ¡Vamos a gritar!”.

“¡Abuelo! ¡Abuelo!” Los dos niños llamaron usando todos sus pulmones, “¡estamos por aquí!”. Ahora se oían el sonido del movimiento en los matorrales, ya que los buscadores se acercaban. Entonces se oyeron voces llamando sus nombres. “¡Abuelo, abuelo!” gritaron de nuevo. Las luces flotando ahora podían verse a través de los árboles.

Los buscadores, finalmente los encontraron. Los perros sabuesos llegaron a los chicos, saltaron sobre ellos y los lamieron frenéticamente. Los dos chicos estaban llorando de alivio. El abuelo se acercó y los envolvió en un fuerte abrazo, como si también hubiera estado muy asustado. Después de unos minutos, les dio a los chicos algunas provisiones que la abuela había enviado. Había chaquetas calientes, botellas de agua y sándwiches. Los chicos las tomaron con agradecimiento. El abuelo les montó sobre Jack, y se dirigieron a su casa, contentos de que su aventura había terminado.



Carga a impartir: Debemos escuchar el consejo de aquellos que son autoridad, y no ser tercos.

Versículo a memorizar: Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones...

Hebreos

3:15

EN LA GRANJA DEL ABUELO

SE SIENTE MEJOR DECIR LA VERDAD

Cada mañana, el abuelo hace su recorrido por la granja para asegurarse que todo esté en orden. Pedro y Luis siempre lo acompañan para “ayudarlo”. Una mañana los niños notaron una fea cicatriz en la mano del abuelo. “¿Cómo te hiciste esa cicatriz, abuelo?” Pedro preguntó curiosamente. “¿Te rasguñó un oso?” Luis añadió, con la esperanza de escuchar una historia emocionante. El abuelo sonrió y contestó, “no, no fue nada interesante Luis.”



“Un día cuando era chico, mientras mi mamá lavaba ropa, yo tomé un melón y traté de cortar algunas rebanadas. Yo sabía que estaba desobedeciendo las órdenes de mi mamá de no tocar los cuchillos; eran muy filosos, y yo era muy pequeño. Mi mano era muy pequeña para el cuchillo y terminé cortándome, y estuvo bastante mal. Mi mamá escuchó un ruido en la cocina y me preguntó qué era lo que yo hacía. “Ahh, nada mami, no pasa nada”, le dije mientras buscaba una toalla para tratar de parar la sangre. Me estaba asustando mucho porque estaba sangrando demasiado. Pero tan pronto como mi mamá entró a la cocina, inmediatamente supo lo que había pasado.

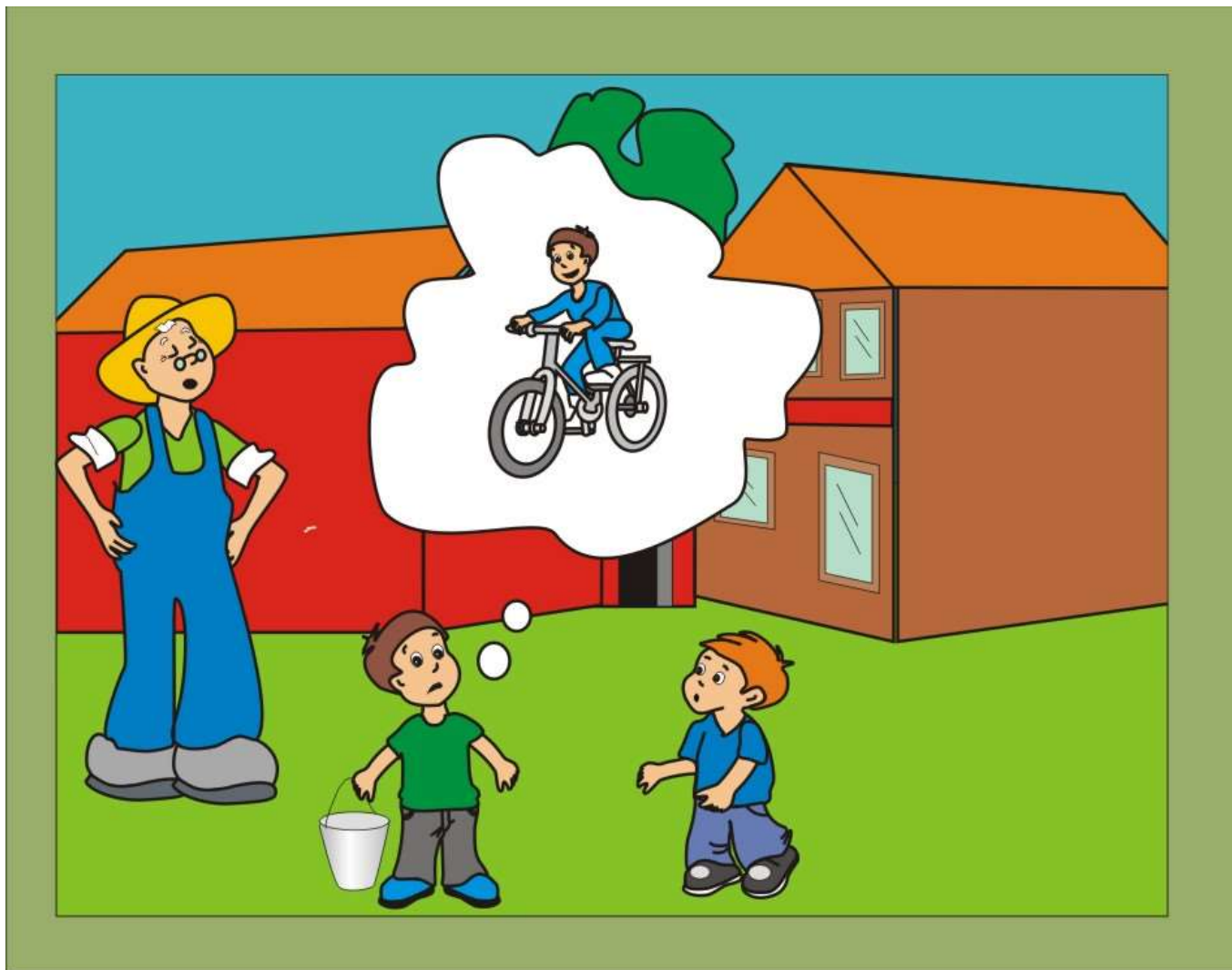
Rápidamente me puso una toalla limpia sobre mi herida y la mantuvo allí hasta que el sangrado paró. Ella me puso una venda especial para que no tuvieran que ponerme puntos de sutura y después envolvió la herida en una gaza. Ella no me regañó, pero yo sabía que le había desobedecido y luego cuando ella me preguntó que estaba haciendo, le mentí. Me sentí muy mal y le pedí perdón. Y a pesar de que ella me perdonó, la cicatriz nunca se fue. Esto se convirtió en mi recordatorio para no mentirle a mi mamá otra vez.

Los niños se sorprendieron mucho al escuchar lo que les contó el abuelo. El abuelo notó que Pedro estaba intranquilo por algo. “¿Qué pasa Pedro, hay algo que te esté molestando?” Pedro apresuradamente dijo: “No, no es nada.” El abuelo sabía que algo lo estaba molestando, pero no quiso presionarlo para que le dijera.

Después de dar el recorrido alrededor de la granja, regresaron a la casa para almorzar. Mientras regresaban, el abuelo podía ver que algo inquietaba a Pedro. Finalmente cuando estaban casi a punto de llegar a la casa, Pedro no se pudo contener más.

“Abuelo, si alguien dice algo para que no lo regañen sus papás, ¿de igual manera sigue siendo una mentira?” “Sí,” contestó el abuelo, y continuó: “A nadie le gusta que lo regañen, pero seamos niños o adultos todos cometemos errores. Siempre es mejor confesar nuestros errores, en lugar de hacerlos más grandes mintiendo acerca de ellos. Es muy importante que le digas la verdad a tus padres, ya que algunos errores pueden ser arreglados si tus padres lo saben en el momento.”

Pedro miró a Luis y le dijo: “Luis, ¿recuerdas aquella vez que se quedó sin aire la llanta de la bicicleta de papá?” “Sí,” respondió Luis, “bueno, la verdad es que fui yo el que la usó y por eso se le salió el aire a la llanta; pero tuve miedo de decir la verdad y por eso mentí.”



Justo en ese momento, todos ellos oyeron el sonido de un carro que venía por la entrada. El abuelo dijo, “niños sus padres llegaron, vinieron a visitarnos por algunos días.” Luis se emocionó mucho, pero Pedro se veía triste y apenado. Entonces el abuelo dijo, “Pedro, quizás hoy puedas decirle a tu papá la verdad y pedirle perdón por haberle mentado.” Pedro nervioso respiró hondo, pero no dijo nada.

Entraron a la casa y saludaron a sus padres y a los niños. Pedro soltó su confesión y le pidió a su papá perdón. Su papá lo perdonó; él estaba feliz de tener el misterio de la llanta pinchada resuelto. Todos tuvieron un hermoso día, incluyendo a Pedro quien aprendió que pase lo que pase, siempre se siente mejor decir la verdad.



Carga para impartir: No sólo es correcto decir la verdad, también se siente mejor decirla.

Versículo para memorizar: “...hablad verdad cada uno con su prójimo...” Efesios 4:25

EN LA GRANJA DEL ABUELO

NO OCULTES LA VERDAD

Era una hermosa mañana soleada en la granja del abuelo. Abuela y Madre se ocupaban en la cocina, mientras que el papá y el abuelo estaban charlando al tomar un café. Pedro y Luís corrieron a lavarse las manos cuando la abuela tocó la vieja campana de la granja. Entonces todos se sentaron a tomar un delicioso desayuno de huevos fritos, leche fresca, jugos y pan recién horneado. Se habló mucho de los asuntos de la granja, como el precio del heno, la pesca de peces en el río, y cuántos huevos estaban produciendo las gallinas. Pedro y Luís contaron a su madre acerca de la vez que veían los pollitos lanudos saliendo fuera del cascarón.

Después de que se lavaron los platos del desayuno, la abuela le dijo a Luís: "Voy a recoger los huevos ahora; ¿Quieres ayudarme?". Luís se volvió hacia su madre y le dijo: "¿Vas a venir también, mamá?" "Por supuesto", respondió ella con entusiasmo. "Esto no es algo que gente de la ciudad tiene la oportunidad de hacerlo muy a menudo".

El abuelo, papá, y Pedro salieron a ordeñar las vacas mientras Luís salió al gallinero con su madre y su abuela. Después de haber terminado su "tarea" matutina de los huevos, las gallinas ya estaban en el patio picoteando el maíz. La madre se sorprendió al ver cuántos huevos quedaron en los nidos. La abuela comentó: "Parece que han puesto más huevos de lo normal esta mañana". Luís ya estaba agarrando un huevo cuando la abuela dijo: "Ten mucho cuidado al poner los huevos en la canasta, Luís, que no golpees uno contra otro. No queremos perder ninguno."

Luís, quería mostrar a su mamá lo que es ser un buen recolector de huevos, y no se detuvo en absoluto; más bien tomó dos a la vez. La abuela dijo: "Luís, sólo recoge uno por uno y lo pones en la canasta, o se puede caer". La abuela y la madre no parecían tener ninguna prisa mientras se movían hacia abajo a la fila de los nidos, hablando y riendo.

Cuando no lo veían, Luís recogió tres huevos a la vez. De repente, justo lo que la abuela temía, Luís dejó caer los tres huevos. Aterrizaron con un ligero "crack" en el suelo.

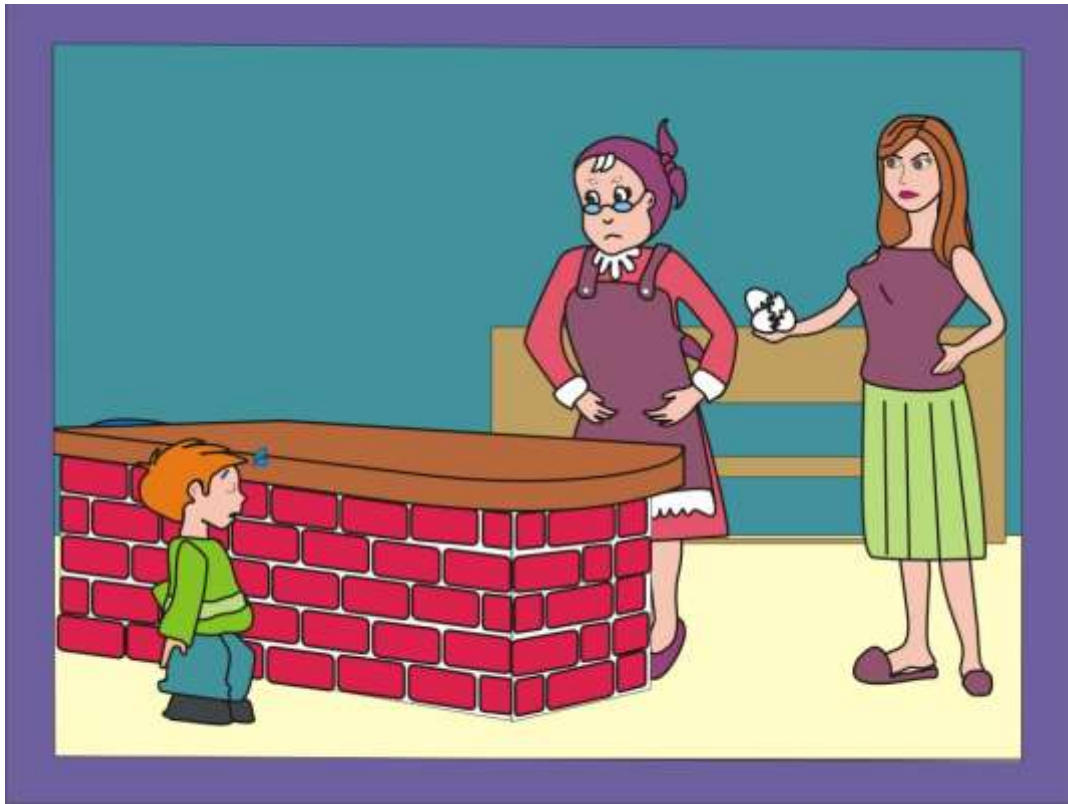


Él vio los pedazos de cascarón en el suelo, y antes de que nadie lo viera, él los cubrió con un poco de paja y los escondió. Cuando la abuela escuchó todo el ruido proveniente de donde él estaba, le preguntó, "¿Está todo bien Luís? Me pareció oír algo, ¿qué pasó?". Luís respondió nerviosamente: "No, nada Abuela, creo que el ruido que oyó proviene de afuera". Después de decir esta "pequeña mentira" continuó la recolección de huevos, pero esta vez más despacio y mucho más cuidadosamente.

Cuando regresaron a la cocina, la abuela le dijo a Luís que iba a preparar su postre favorito porque él había ayudado a recoger los huevos muy bien. Luís sonrió débilmente. Se sentía incómodo con su halago. Todo lo que podía pensar era en esos tres huevos rotos escondidos en el gallinero. Él no sólo había roto tres huevos enteros mientras desobedeció a la abuela, pero si fuesen descubiertos, todo el mundo sabría que él los había escondido, y luego mintió también sobre esto. Había hecho tres cosas malas con los tres huevos que había roto. Durante todo el día, Luís no podía pensar en nada más.

Horas más tarde, Luís vio a su madre en dirección al gallinero para devolver la canasta de huevos. "¡Oh, no!", pensó, "¡Ella va a encontrar los huevos rotos!". Quería correr y esconderse. Al parecer, ella se había ido hace horas.

Efectivamente, cuando regresó, traía los tres huevos rotos en su mano. Los mostró a la abuela en la cocina, y luego ambas se voltearon para mirarlo. Luís podía sentir su cara ponerse roja. Mamá dijo que ella había visto algo blanco en el suelo en el gallinero y cuando ella fue a revisar, ella casi se resbaló en el huevo pegajoso que estaba oculto bajo la paja. Ella dijo: "Fue donde Luís recogió los huevos. ¿Hay algo que quieras decirnos? "



Luís bajó la cabeza, y con gran alivio, confesó la verdad a su madre y su abuela. "Lo hice, abuela. Se me cayeron cuando traté de recoger tres a la vez." "Entonces", "dijo la abuela", "se te cayeron cuando me desobedeciste. ¿Qué más has hecho que no deberías haber hecho?". Dijo Luís con un temblor en la voz: "Yo los escondí, y no te dije la verdad cuando me preguntaste". La abuela dijo: "Es muy difícil hacer mal sólo una cosa, Luís. Siempre se hace más grande a medida que tratamos de ocultar lo que hemos hecho. Me alegro de que hayas dicho toda la verdad, para que no siga creciendo".

"Lo siento, abuela", dijo Luís con lágrimas en los ojos. "Te perdono", dijo la abuela, "Ahora, ya que todo ha terminado, vamos a pensar en algo más agradable. ¿Qué te parece el postre?". Ella le dio un beso mientras su mamá traía el postre a la mesa. Podían oír al abuelo, papá, y Pedro entrando en la casa. "¡Es la hora del postre!". Gritó Luís felizmente. Se sentía tan alegre ahora que la culpa en su conciencia había sido quitada.



Carga: Para que nuestros hijos aprendan a decir siempre la verdad.

Versículo para memorizar:

El que encubre sus transgresiones [pecados] no prosperará, pero el que las confiesa y las abandona obtendrá misericordia.

Proverbios 28:13

LA GRANJA DEL ABUELO

UN PASEO A CABALLO

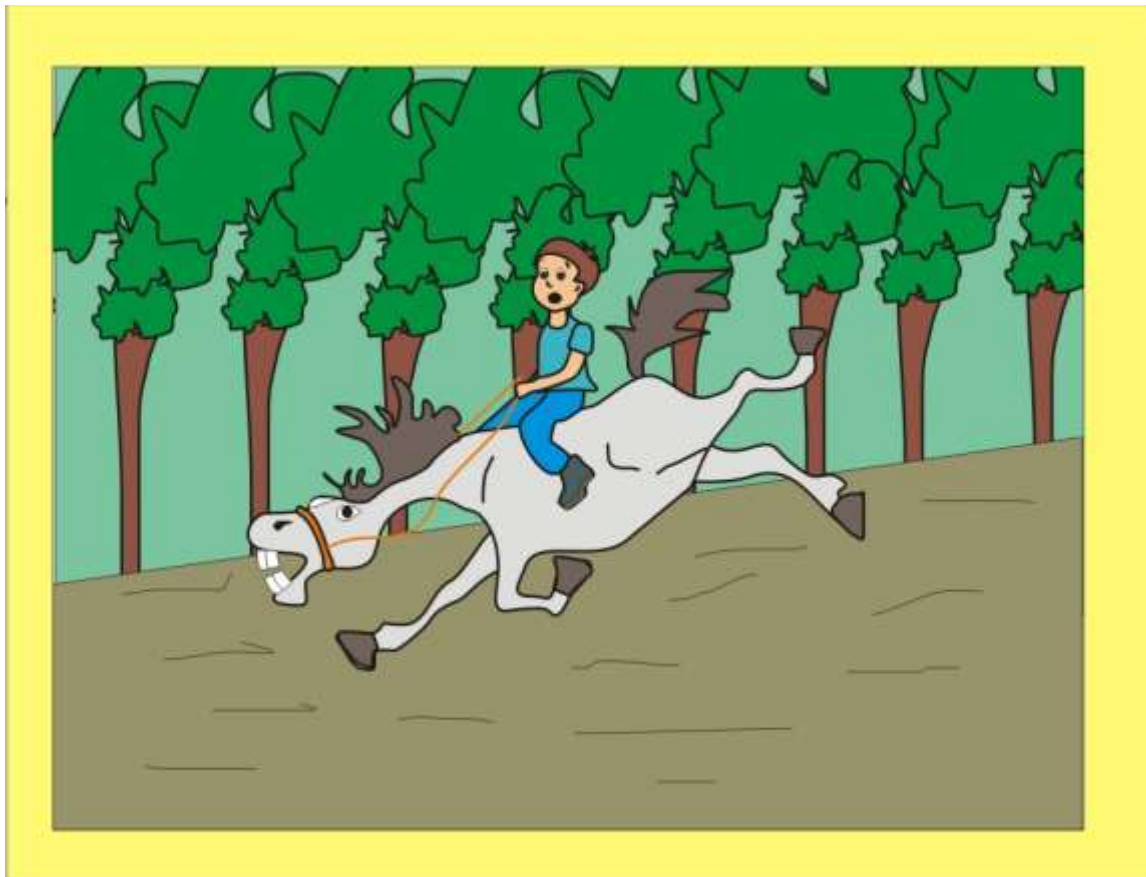
Pedro y Luis estaban entusiasmados con sus padres porque vinieron a visitarlos. A pesar de que ellos estaban disfrutando de sus vacaciones en la granja de los abuelos, se sentían un poco nostálgicos. La visita de sus padres hizo las vacaciones de los chicos completa. Al día siguiente iba a ser “día de paseo a caballo”. Pedro y Luis realmente esperaron con ansias montar a caballo. Después del desayuno, el abuelo le dio las instrucciones a todos, “los caballos suelen ser muy dóciles y amables”, dijo, “pero son animales”. “Son grandes y fuertes y pueden correr rápido, así que tienen que tener cuidado en cómo los tratan”, dijo el abuelo. “Simplemente déjenlos caminar en una línea siguiendo al líder. No los hinquen con sus pies, porque esto hace que corran rápido”. Todo el mundo asintió con la cabeza y estuvieron de acuerdo con las reglas.

El pequeño Luis montó el mismo caballo que su papá, pero Pedro iba en su propio caballo. Así que el abuelo dirigía el camino, Pedro lo seguía y Luis y su papá eran los últimos. La mamá prefirió quedarse en casa con la abuela.



Durante el recorrido los niños se divertieron mucho. ¡Qué divertido era estar en lo alto de un animal tan grande! Después de un rato, Pedro comenzó a sentir un poco más de confianza en su habilidad para hacer que el caballo hiciera lo que quisiera, y él se aburría con el ritmo lento, así que cuando nadie miraba, le dio a su caballo una hincada con sus pies. Inmediatamente comenzó a trotar más rápido, incluso más de lo que Pedro quería. El abuelo exclamó: “¡Pedro, no hiques más tus pies en el caballo, pues de lo contrario no podrás controlarlo!” El papá de Pedro agregó: “¡Pedro obedece a tu abuelo!” Pedro contestó: “Sí, papá.”

El caballo de Pedro comenzó a ir más lento y se quedó al ritmo de los demás, mientras el abuelo le mostraba a todos lo interesante de la vista. De repente el caballo de Pedro se echó a correr salvajemente. Pedro gritó: “¡Ayuda! ¡Ayuda!”, mientras su caballo corría entre los árboles. Tan pronto como el caballo de Pedro comenzó a correr, el abuelo hincó a su caballo para correr también. No tardó mucho para superar al caballo de Pedro y lo obligó de nuevo a ir despacio. Ellos dieron una vuelta y regresaron.



Pedro estaba tan asustado que casi lloraba. Su cara estaba golpeada por las ramas de los árboles. Papá le dijo: “Pedro, ¿desobedeciste al abuelo e hincaste al caballo?” “No papá, él sólo comenzó a correr por sí mismo”, Pedro respondió. El abuelo y el papá se miraron entre sí. Ellos sabían que Pedro estaba mintiendo, pero ellos sabiamente decidieron esperar a que Pedro se calmara, para que él mismo admitiera lo que pasó.

El viaje para llegar a la casa estaba en silencio y sin incidentes. Después de poner los caballos en el establo, caminaron hacia la casa. La madre de los chicos fue a su encuentro y le preguntó: “¿Cómo les fue? ¿Se divertieron?” Luis emocionado le dijo: “¡El caballo de Pedro comenzó a correr rápidamente sin que nadie le hiciera nada!” Observando a la cara roja y golpeada de Pedro, ella dijo: “Abuelo, ¿le diste a Pedro un caballo que era demasiado salvaje para él?”

Con esa pregunta Pedro se sintió avergonzado. Él sabía que era su culpa, no del abuelo y tampoco del caballo. Él era el único que no había seguido las instrucciones. Pedro dijo: “Lo siento, te mentí papá y abuelo. No fue la culpa del caballo. Yo lo hincué. Yo sólo quería ir un poco más rápido, no sabía que se iba a poner a correr así”.



Papá puso su brazo alrededor de Pedro, y el abuelo dijo: “Te perdono por mentir, Pedro. Pero en la granja, es importante que sigas las instrucciones o podrías lastimarte. También es importante que se pueda confiar en tu palabra. Los que no son confiables en seguir instrucciones y en lo que dicen, no serán buenos ayudantes en la granja”.

“Sí, abuelo”, Pedro respondió, “algún día, yo quiero ser un buen ayudante en la granja”. El abuelo sonrió y le dio una palmada en la espalda, “Yo sé que lo harás mejor la próxima vez, Pedro”. El abuelo dijo, “Ahora, vamos a buscar esas galletas”.

Carga a impartir: Que nuestros niños aprendan siempre hablar la verdad.

Versículo a memorizar: ...no engañaréis ni mentiréis el uno al otro. Levítico 19:11

EN LA GRANJA DEL ABUELO

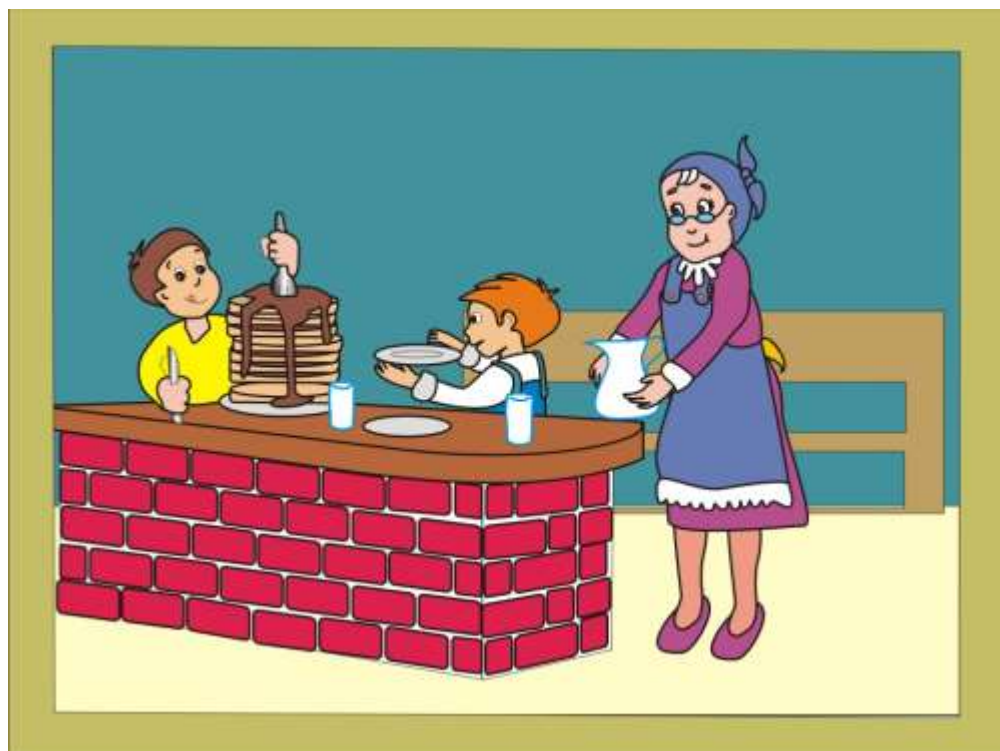
MÁS TERCO QUE UNA MULA

Después del desayuno, el abuelo salió hacia el granero. Era tiempo de que el abuelo le recortara las pezuñas al viejo Jack, la mula, y darle un nuevo conjunto de herraduras. Podían oír a lo lejos, al abuelo hablando con Jack a través de la puerta de tela metálica: "Vamos, muchacho, es hora de cuidar de tus patas".

Cuando terminaron sus panqueques, la abuela les dio a los chicos a elegir: "¿le gustaría que el abuelo los lleve al río hoy o al pueblo a la subasta de corderos?". Pedro y Luis se quedaron mirando el uno al otro con entusiasmo. ¡Vaya! ¡Ambas opciones sonaban muy divertidas!

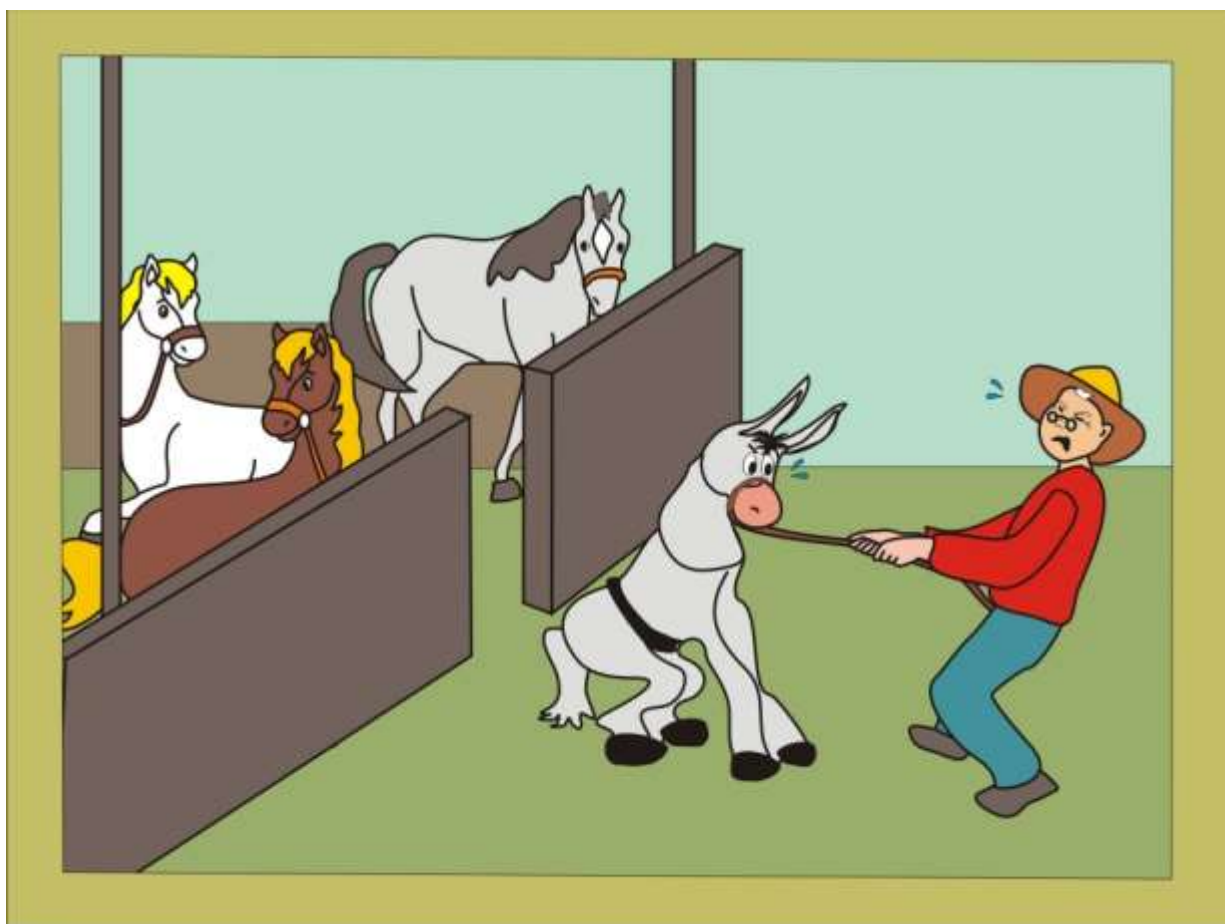
"¡Quiero ir al río!", exclamó Luis. "¡Quiero ir a la subasta!", añadió Pedro. "Lo siento", dijo la abuela, "sólo tienen un abuelo, por lo que sólo puede hacer una cosa. Tendrán que llegar a un acuerdo para hacer la misma cosa."

Entonces Pedro le dijo a Luis: "Recuerda que el río está cerca de la casa y siempre lo tenemos, pero la subasta de corderos se hace solamente una vez al mes. ¿Recuerdas lo mucho que nos divertimos la última vez que fuimos? Hace mucho que no vamos. Por favor Luis, ¡no seas obstinado!"



Mientras la abuela lavaba los platos y ordenaba la cocina, oyó a los niños argumentando de aquí para allá. Pedro seguía razonando con Luis, y Luis obstinadamente se negaba a rendirse. Mientras tanto, el abuelo tenía sus propios problemas. La abuela podía verlo por la ventana tratando de sacar a Jack hacia el granero, pero Jack no se movía. No podía ser empujado, y tampoco podía ser halado. Él sólo se sentó y miró a lo lejos; estaba totalmente despreocupado por la cara roja del abuelo.

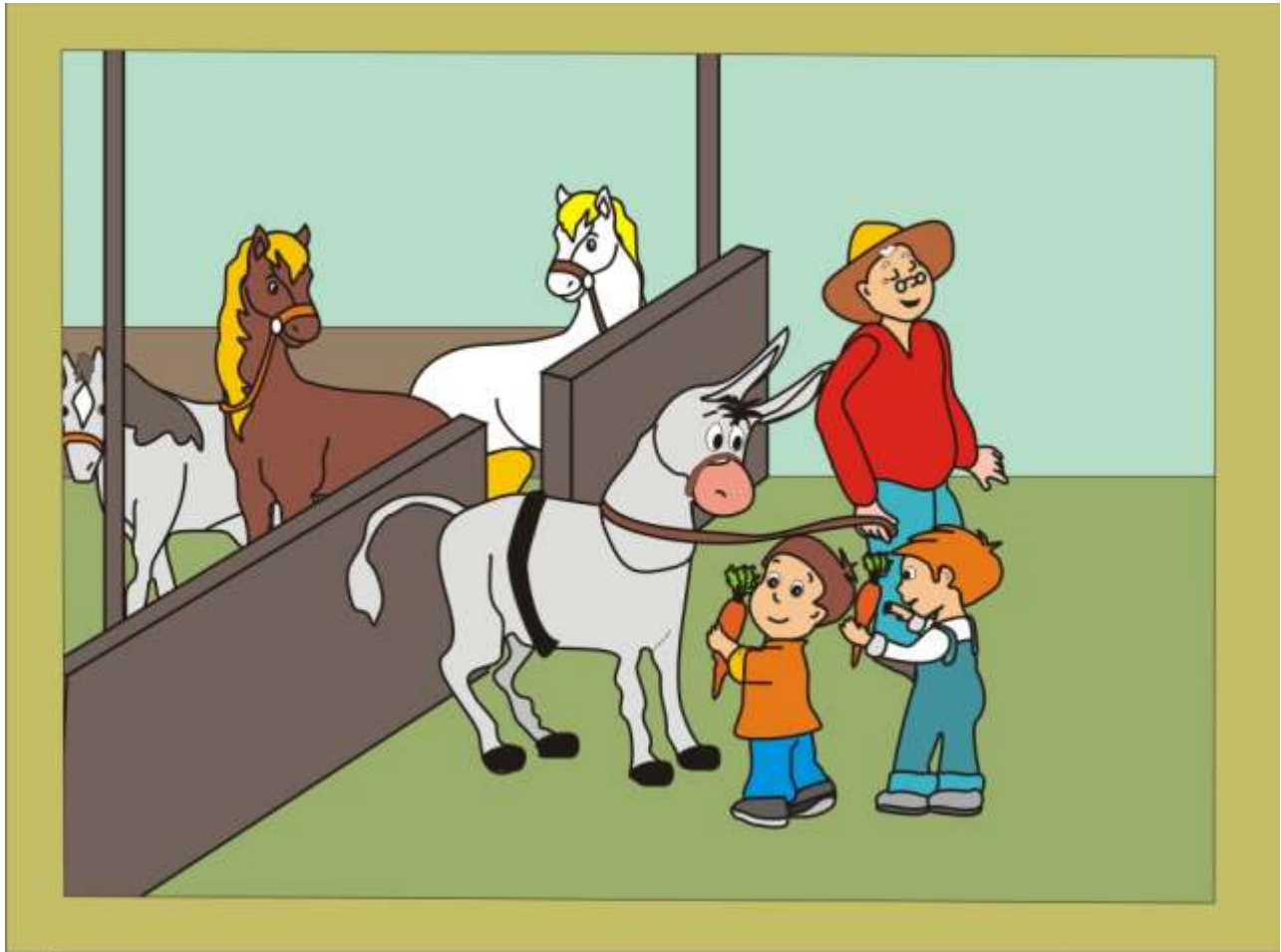
El abuelo estaba realmente frustrado y enojado. “Mula necia, ¿no sabes que esto es para tu propio bien?”



La abuela, conociendo que cuando las cosas entran en calor la gente a veces olvida el sentido común, tuvo una idea.

Sacó un par de zanahorias del refrigerador y le pidió a los niños que las llevaran al abuelo. Ella dijo: “Toda tu fuerza no puede hacer que alguien haga algo que no quiere. El truco es”, dijo ella, “cambiar lo que ellos quieren hacer. Entonces será fácil”.

Los chicos corrieron por el patio hasta llegar donde el abuelo con las zanahorias. Tan pronto como Jack vio las zanahorias se puso de pie. El abuelo agradecidamente dejó que Pedro dirigiera la mula al establo con las zanahorias.



En el camino de regreso a la casa, Pedro tenía una mirada pensativa en su rostro. Entonces Luis le dijo a Pedro: “Me parece que tienes razón, vamos a la subasta de corderos”. A medida que entraba en la cocina, le dijo Pedro, “Como cambiaste de parecer y aceptaste ir a la subasta, te voy a comprar una manzana acaramelada con mi dinero, y voy a dejar que te sientes en el asiento delantero en el camino tanto de ida como de vuelta”.

Luis se dio cuenta que podían ir al río en otra ocasión; y ahora estaba bien feliz porque le encantaba ir en el asiento delantero, pero más que nada, ¡amaba las manzanas acarameladas!

Carga a impartir: Cuando tratas con los obstinados, debes de usar tu sabiduría, así lograrás hacerlos cambiar de parecer.

Versículo para memorizar: Mejor es la sabiduría que la fuerza. Eclesiastés 9:16

EN LA GRANJA DEL ABUELO

LOS ESTABLOS

Una tarde, mientras el abuelo salía de los establos se dio cuenta de que la pintura de la puerta estaba muy deteriorada. Él pensó: "Tal vez es el momento de retocar la pintura de la puerta".

De vuelta en la casa, saludó a los muchachos, Pedro y Luis, y sus padres, que estaban todavía allí de visita, y luego dijo a la abuela: "Yo voy a salir al cobertizo de herramientas para buscar un poco de pintura".

Cuando estaba buscando entre los botes de pintura, el pequeño Luis se le acercó por detrás y le preguntó: "¿Qué estás haciendo abuelo? ¿Qué estás buscando?" Respondió el abuelo: "Estoy buscando una lata de pintura que he visto por aquí recientemente". "¿Y qué vas a pintar?", Preguntó Luis. "La puerta del establo está muy deteriorada y tengo la intención de pintarla mañana", respondió el abuelo mientras miraba alrededor. Entonces él exclamó: "¡Ah! ¡Aquí está! Mañana después de que saque los caballos, voy a pintar la puerta del establo. ¿Cómo vez Luis, irás conmigo?" "Por supuesto abuelo, voy a ir contigo", respondió Luis.

Durante la cena, el abuelo les dijo a todos que Luis y él pintarían las puertas del establo durante la mañana y regresarían a la hora del almuerzo. Pedro le preguntó el abuelo si podía venir también. Abuelo dudó y luego dijo: "Bueno Pedro, te voy a dejar venir, pero tú y Luis tienen que estar de acuerdo que deben tener cuidado mientras estoy pintando para que no tengamos ningún accidente. Yo no quiero tener que limpiar pintura derramada". Ambos estuvieron de acuerdo en comportarse bien y no hacer alguna travesura.

A la mañana siguiente, el abuelo, Pedro y Luis fueron a los establos. El abuelo sacó la pintura, una charola, una espátula y un par de pinceles. Él dijo: "Espero que nos alcance la pintura, ya casi se acaba. No podemos permitirnos gastar nada". Los chicos vieron como él utilizó una espátula para raspar la pintura descascarada. Él dijo, "la pintura no se pega bien y se cae si no se retira la vieja primero, hay que raspar". Entonces él les dio una espátula a cada uno y empezaron a raspar. Luis raspó abajo, Pedro raspó el medio, y el abuelo raspó la parte superior. Él tuvo que subirse a una escalera para llegar las partes más altas.

Después de que la puerta había quedado limpia a fondo de la pintura descascarada, el abuelo vertió la pintura roja fresca en la charola y les explicó: "Esto es para el rodillo, que permite pintar grandes espacios con mayor rapidez. Voy a utilizar el pincel más pequeño cuando llegue a las áreas pequeñas y alrededor de la manija".

El abuelo pintó en silencio durante un rato mientras los chicos observaban. Entonces oyeron un fuerte ruido procedente de detrás de los establos. El abuelo dijo: "Esperen aquí, muchachos, mientras que echo un vistazo". Entonces él se apresuró a ver qué era ese escándalo.



Pedro decidió que iba también a ver lo que estaba pasando. Luis lo agarró del brazo y le dijo: "No Pedro, el abuelo dijo que esperaríamos aquí. Tal vez es algo peligroso".

Pedro dijo: "Yo quiero ir a ver, suéltame". Luego empujó a Luis para soltarse el brazo, y corrió tras el abuelo.

Cuando Pedro lo empujó, Luis perdió el equilibrio. Al tratar de no caerse, dio un paso a la derecha en la charola de la pintura, golpeándola. Entonces tropezó y cayó con fuerza. Cuando puso su mano para detener su caída, se lastimó la mano.

Cuando Pedro y el abuelo regresaron, Luis estaba llorando y tenía manchas rojas de pintura en la cara y la ropa. Había huellas rojas en todo el suelo del establo, y un charco de pintura roja debajo de la charola de pintura. Sin embargo, no había mucha pintura que sobrara en la charola de pintura. El abuelo no podía creer el lío que había hecho. Exclamó: "¿Qué has hecho, Luis, haz tirado toda mi pintura, y mírate!" Pedro no dijo nada. El se sentía muy inocente.



Luis les contó lo que había sucedido. El abuelo se volvió a Pedro y le dijo: "Pedro, tú causaste todo esto; eres el responsable de toda esta pérdida de mi pintura, y de la mano lesionada de tu hermanito". Pedro dijo, "nada habría sucedido si no se hubiera agarrado mi brazo". Entonces el abuelo respondió: "No Pedro, nada habría ocurrido si me hubieras obedecido desde el principio. Tú desobediencia ha causado este desastre, y voy a tener que comprar más pintura. Y además, ha causado el dolor de la mano de tu hermanito".

Pedro se quedó obstinadamente en silencio. Finalmente, el abuelo dijo: "Hay que pedirle disculpas, Pedro". Pero, Pedro apenas asomó la barbilla al aire y se negó a decir nada. Pensó para sí: "Fue culpa de Luis porque me agarró. Nada de esto habría ocurrido si no me hubiera agarrado".

Puesto que la pintura ya no era utilizable, y Luis seguía llorando sobre su mano herida, el abuelo dijo que era hora de volver a la casa. "Voy a volver y limpiar el desorden después de que saque a los dos fuera", dijo.

Cuando regresaron a la casa, el abuelo explicó a los padres de los chicos lo que había pasado y se molestaron mucho con Pedro. Pedro dijo: "Es su culpa!" Su madre sólo le miró a los ojos y dijo: "¿En serio?" Bajo la mirada firme de su madre, los ojos tercos de Pedro se vencieron. Él sabía que era su culpa, pero él no quería asumir su responsabilidad. Él se sentía mal por el dolor de la mano de Luis. Tenía miedo de que incluso pudiera haberse roto.

Finalmente dijo: "No, el abuelo tiene razón. Todo sucedió porque no le obedecí." Su madre dijo: "Entonces, ¿qué es lo que tienes que hacer, Pedro?"



Pedro le dijo al abuelo, "Perdóname por mi desobediencia cuando nos dijiste que nos quedáramos quietos. En realidad es mi culpa que Luis derramara la pintura, abuelo. Me gustaría comprar otra lata y pagar por ella fuera de mi dinero de mis ahorros". Luego se dirigió a Luis y le dijo: "Perdóname, te he hecho daño, Luis".

Ellos, por supuesto, lo perdonaron. Luis llegó a decir que casi no le dolía y él sonrió de nuevo. El abuelo le dio a Pedro un gran abrazo, y hasta le perdonó tener que pagarle a la pintura.

Pedro aprendió que portarse mal puede afectar a más de una persona.

Carga a impartir: Que nuestros hijos sean conscientes de las consecuencias negativas que nuestras malas acciones pueden traer.

Versículo para memorizar: Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

Efesios 4:32

©2011 www.alacenaparanlos.com

18 de enero del 2013.